

Año XXXII.

Madrid, Jueves 10 de Octubre de 1912.

Núm. 41

A LOS MIOS

Este será el último número que llenaré casi exclusivamente con inmoralidades y crímenes del carlismo, ya que hoy, lunes, termina el *Almanaque*, y puedo dedicar todo mi tiempo al periódico.

Me dicen que los periódicos carlistas arremeten furiosos contra mí, lo que me complace mucho, pues me indica que voy por buen camino; pero no deja de ser una injusticia combatir por las opiniones que copio de sus correligionarios más decentes, *relativamente*; os que tccaron de cerca lo que era el *Bufo ensangrentado* y su Corte de aduladores y perdidos; los que aprendieron, por el inevitable roce con ellos, que la palabra *cabecilla* equivale, superándolas, á las de *asesino*, *ladrón*, *secuestrador* y *violador*; los que pudieron enterarse de que la religión era un pretexto para enriquecerse los unos, dar rienda suelta á sus malas pasiones los otros, y fantochar en exhibiciones ridiculas los más; los que, en fin, tuvieron todavía la suficiente dignidad para apartarse á tiempo de aquel conjunto caótico de canallas que presumían de caballeros, de inmorales que deshonoraban hasta sus propios crímenes y de religiosos que se ciscaban en Dios.

No les contesto ni pienso contestarles; eso quisieran para darse importancia! Soy como soy y no como diz que ellos me pintan, y tengo además muy presentes estas máximas de venerable P. Tomás de Kempis, autoridad indiscutible para todos los que confiesan y comulgan:

«La gloria del hombre bueno es el testimonio de la buena conciencia.

Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría.

La buena conciencia muchas cosas puede sufrir y muy alegre está en las adversidades.

La mala conciencia siempre está con inquietud y temor.

Suavemente descansarás si tu corazón no te reprende.

No te alegres, sino cuando hicieres algún bien.

Gran quietud de corazón tiene el que no se le dá nada de las alabanzas ni de las afrentas.

Lo que eres, eso eres.»

Y pertrechado con esas máximas, que práctico, me sonrío, me burlo y me descomo de y en todos los eminentes cerdos de Israel que se ocupan de mí, ufánandome de hacerlo, por las razones que he dicho y por la contenida en estos versos de Quevedo:

Muchos dicen mal de mí,
y yo digo mal de muchos:
mi decir es más valiente,
por ser tantos y ser uno.

Con que quedamos en que desde el próximo número entrará *EL MOTÍN*, hijo querido en quien tengo puestas todas mis delicias, en su marcha normal, dedicando *únicamente tres ó cuatro planas* á copiar los juicios que sobre el carlismo han emitido los conspícuos de ese partido de guerreros y de santos, como dicen calumniosamente ahora los *ganapanes descreídos* que llenan las redacciones de los papeles carcundas, y que deberían más apropiadamente llamarse cloacas donde se rebullen y alimentan las inmundas *curachas* del pasado.

Y después de haber honrado con esos groseros piropos y esas frases de mal gusto á la chusma plunifera del carlismo, me despido parodiando una redondilla de *D. Juan Tenorio*:

¡Cuán gritan esos malditos!
¡Pero mal rayo los parta
si lo que mi pluma ensarta
no apaga sus necios gritos!

Mis propósitos

¿Cuáles han sido los que he llevado al recopilar en el *Almanaque* que en breve pondré á la venta, algunos, ya que todos es imposible, de los crímenes cometidos por el carlismo en las dos guerras que el siglo pasado promovió? Los siguientes:

Que se enteren los liberales de hoy de lo que costó implantar la Libertad á los de ayer, para que aprendan á honrar sus héroes y sus mártires, al par que esforzarse por conservar su obra, y ensancharla y defenderla.

Que se convenzan á la vez de que Iglesia y Carlismo son palabras sinónimas, y, por consiguiente, que todas las preeminencias que den á la primera favorecen al segundo.

Y que España sepa todo lo que tapa la careta del clericalismo; lo que se viene laborando en sacristías y conventos; lo que se esconde tras la pantalla de la religiosidad; y, por consiguiente, se aperceba para obrar en consecuencia.

Ni más ni menos me he propuesto.

La lámina de hoy

El 16 de Junio de 1873 llegó el ministro del Altísimo y súbdito de D. Carlos,

D. Manuel Santa Cruz, á la villa de Beasain con las *honradas masas* á sus órdenes, ondeando al aire tres banderas: una negra, con la inscripción: *¡Guerra sin cuartel!*; otra, negra también, sin inscripción; y otra con el lema en letras vistosas, bordadas sin duda por alguna comunidad de humildes, sencillas y angelicales esposas de Cristo: *Dios, Patria y Rey. ¡Viva la religión!*

Inmediatamente mandó el nuevo *Macabeo* (así le llamaban los periodistas cursis de su partido) reunir al ayuntamiento y ordenó al alcalde que pusiera á su disposición todo el petróleo que hubiera en las tiendas.

Cumplimentada la orden con la premura consiguiente, dirigióse el buen parroco de Hernálde á la estación del ferrocarril con todo el petróleo y una gran cantidad de paja, mandó á los suyos forzar las puertas del edificio, despedazar los aparatos telegráficos, destruir cuanto habia, y, por último, empapar la paja con petróleo y encenderla, empezando por el almacén, donde se encontraban depositadas grandes porciones de harinas, vino, petróleo y otras mercancías de valor; orden que fué obedecida incontinenti y con gran entusiasmo por los conspícuos defensores del catolicismo.

Inmediatamente las llamas se apoderaron de todo el edificio, y cuando ya habian consumido gran cantidad de mercancías, cayó el *santo* sacerdote en la cuenta de que obró con alguna ligereza al no retirar antes de pegar fuego los objetos fáciles de transportar, y dió permiso á los cruzados de la fe para anexionarse lo que buenamente pudieran; y fué de ver el celo y el heroísmo con que se lanzaron á aparrar y abrir las cajas en que sospechaban que podía haber cosa de provecho, hasta dar con ricas telas y encajes que se apropiaron religiosamente, reservando una buena parte para su digno jefe y su ortodoxo Estado Mayor.

Después, y con el mismo celo evangélico, quemaron cristianamente 27 coches de viajeros y 130 wagones cargados de mercancías difícilmente transportables.

Se me olvidaba decir, que antes de entregarse á las prácticas de una de las virtudes carlistas (el incendio) habla el *Macabeo* obligado al alcalde, bajo pena de la vida (el asesinato es otra de sus virtudes) cortar las aguas en el depósito de la estación, por si tenia que escapar si se acercaba una columna, impedir que alguien tratara de cortar el fuego.

Al retirarse indicó al alcalde la conveniencia, si no queria desaparecer de este valle de lágrimas, de llevarle á Alacén cien raciones de pan, vino y carne para

los chicos que con tanta devoción se habían consagrado á la santa faena, indicación que atendió el alcalde, sino con mucho gusto y fina voluntad, con gran aceleramiento al menos.

Y esta es la escena que reproduzco en la lámina de hoy, para glorificación de los carlistas pasados, admiración de los presentes y emulación de los *requetés*.

Curándome en salud

Me anticipo á esta objeción que pudieran hacerme los carlistas.

«El cura Santa Cruz obraba por cuenta propia, sin someterse á disciplina alguna, ni acatar órdenes de nadie.»

Cierto es, pero en eso de quemar estaciones é impedir la circulación de trenes, se sujetaba extictamente á lo que D. Carlos había ordenado.

Prueba al canto

En carta fechada el 14 de Diciembre de 1872 y escrita de *su puño y letra*, decía D. Carlos á Dorregaray al darle instrucciones para el levantamiento del día siguiente:

«*Entrelanto no debe descuidarse un punto el cortar los ferrocarriles é interrumpir los trenes, inutilizar las líneas y aparatos telegráficos, destruir la correspondencia oficial, apoderarse de los caudales y efectos públicos...*»

Y estas palabras dieron la consigna. Cuanto los bandidos de boina hicieron de criminal é infame, está contenido en ellas, y en lo que el mismo D. Carlos dijo á su hermano D. Alfonso en Julio del 72, de que «*debía dejar hacerse la guerra sin cuartel.*» (Pirala, t. II., p. 554).

Y que esto fué para él un sistema, demuéstrole el que, á los dos años y medio, el 31 de Julio de 1875, recibió Pétula estas líneas del Cuartel real: (Pirala, t. III., p. 758).

«*Completamente autorizado te digo que de un modo verbal y por medio de ayudantes de toda tu confianza, comuniqués las órdenes secretas de que en el combate no haya cuartel; que se maten cuantos enemigos se encuentren. Son facinerosos. No publiqués en manera alguna la guerra sin cuartel, pero hazla, y únicamente ten consideración con las clases y tropa heridos.*»

Y anadia la carta:

«En todos los documentos oficiales firmados por ti, que resulte la generosidad y se atribuyan los atropellos á causas ajenas á la voluntad decidida de Su Majestad y la luya, aparentando en ocasiones determinados castigos, y que aparezca por todos los medios imaginables se procura la guerra humana y civilizada.»

De esta manera cobarde, hipócrita y malvada se iba al exterminio del valiente ejército liberal, de los jefes y oficiales principalmente: este proceder solapado, jesuítico, se recomendaba por D. Carlos contra los que peleaban noblemente y cara á cara.

Lo llevan dentro

Y es que no pueden remediarlo: son así.

El ideal del carlismo, según un historiador, fué siempre volvernos á los tiempos de Carlos II, cuando España era un desierto y la población no pasaba de ocho millones, no había carreteras ni vías de comunicación, apenas si algún fraile montado en su mula iba de un pueblo á otro para predicar sermones, y los españoles eran modelo de santidad, pues se los comían los piojos, miraban con horror el trabajo y engañaban su hambre con las sobras de los conventos.

El instinto de destrucción que sienten los pueblos salvajes ante las obras del progreso, se reveló en los carlistas apenas se echaron al campo; y así como el piel roja ó el beduino no podían ver en los primeros tiempos el ferrocarril sin tentaciones de cortar la vía y disparar sobre los viajeros, los carlistas cifraron su anhelo en destruir puentes, cortar vías y quemar trenes. Era el salvajismo que, en vez de adornarse con la cimera de plumas ó el blái-co jaque, abrigaba su chato y duro cráneo bajo la boina, emblema de bandidaje.

Y no vale decir que tales atentados fueron obra individual y espontánea de los cabecillas rudos y sus partidas de foragidos: la destrucción de los ferrocarriles, los puentes, los acueductos, la ruina de costosas obras públicas llevadas á cabo con grandes esfuerzos, la prohibición á tiros de que las personas pacíficas pudiesen viajar, todo fué obra de D. Carlos, animal feroz y ctbuso que ordenó y sintió cuantos crímenes realizaron sus fanáticos partidarios.

He aquí el bando inaudito, absurdo y salvaje que dió más tarde, en Enero de 1875, el santurrón é hipócrita general en jefe del Pretendiente, Lizarraga; aquel que después de fusilar los liberales rezaba el rosario por sus almas:

«D. Antonio Lizarraga y Esquirós, mariscal de campo de los reales ejércitos del Sr. D. Carlos VII, etc...»

Ordeno y mando.

Art. 1.º—A partir del 15 de Enero pararán por completo su circulación los trenes que desde Madrid desembocan á Valencia, Alicante, Cartagena y Zaragoza.

Art. 2.º—Todos los empleados y dependientes de las vías férreas, de cualquiera categoría que sean, que á partir de la fecha del artículo anterior sean encontrados á una legua por derecha é izquierda de la vía, serán fusilados irremisiblemente, identificado que sea su empleo, sin darles más tiempo que una hora para que mueran cristianamente.

Art. 3.º—Todos los trenes de mercancías que sean apesados por fuerzas reales, serán acto continuo incendiados.

Art. 4.º—Los trenes de pasajeros serán detenidos, y después de recoger cada viajero su equipaje, serán incendiados. Desde 1.º del próximo Febrero serán los viajeros todos, sin distinción de clase, sexo y edad, conducidos por la fuerza oprimida dos jornadas distantes de la vía y allí serán puestos en libertad.»

No puede comentarse ese documento á sangre fría.

El pobre padre de familia que por dar de comer á los suyos desempeñaba un empleo en ferrocarriles, si caía en poder de los carlistas era fusilado por el delito de ser honrado, de trabajar y de no ir, como los granujas con boina y trabuco, robando é incendiando.

El comerciante que enviaba sus mercancías de un punto á otro, ya sabía que si el tren era detenido por los carlistas, los géneros que representaban su fortuna serían destruidos.

El pacífico viajero (aunque fuese una señora) tenía que sufrir los insultos de la horda carlista, y á pie, llevando á la espalda el equipaje si no se lo robaban, tenía que andar dos jornadas hasta que, ¡oh magnanimidad!, lo dejaban libre, pero derrengado por la fatiga y los palos.

¿Merece respeto ni consideración alguna una idea política que así pretende imponerse? ¿No hay razón de sobra para afirmar que el carlismo no es un partido, sino una partida de bandidos?»

Supongo que, después de leer lo anterior, no habrá ningún carlista, por cerrado de mollera que sea, capaz de echar sobre el bandido Santa Cruz la responsabilidad del incendio de la estación de Beasain ni de otras muchas, ni la de los trenes de mercancías destruidos, ni la de los desperfectos de las líneas, y que se la endosará toda entera al que fué su rey y señor D. Carlos VII.

Mas si yo me equivocaré y existiera ese carlista, ruegole que lea esas otras salvajadas cometidas en ferrocarriles y telegrafos por caballeros facinerosos que no se llamaban Santa Cruz, salvajadas que no representan ni la tercera parte de las que cometieron.

Trenes incendiados

AÑO 1873

Enero. Incendian un tren de mercancías en Vinromá y cortan en Guipúzcoa la vía y varios trozos de la línea telegráfica.

Febrero. Queman las estaciones de Villafranca, Caparros, Amurrio, Areta, Eledio y Lezana. Cortan el ferrocarril en Alcázar, destruyen los aparatos telegráficos en la estación de Villacañas, y varios trozos de vía en Benicarló y Arbós.

Marzo. Incendian las estaciones de Santa Olaya, Olazagoitia, Echarrí y destruyen varias obras en la de Bilbao.

Abril. Queman la estación de Monasterio y la de Vinaixa.

Mayo. Queman las de Villageran y Quintanilla, Venta de Baños, Torredembarra, Monistrol y Selva. Además cortan la vía del Norte y la telegráfica entre Miranda y Manzana, dos kilómetros en Tarragona y lo mismo en Quintanilla.

Junio. Incendian las estaciones de Beasain y de Irurzum, todos los carruajes de Beasain, cortan la vía cerca de Vitoria y los puentes de Luchana y Burcena, en las carreteras próximas á Bilbao, así como el ferrocarril.

Agosto. Incendian las estaciones de Nules, Buiriana, Villareal, Torreblanca, Vinaró, Benicarló, Santa Bárbara y otras 2 en la línea de Valencia y Tarragona, las de Lo-

dosa y Alsasua. En ésta destruyen 26 carruajes y dos locomotoras. En Vinaroz queman los edificios pertenecientes á las obras del puerto; en Valencia el puente de Mogente, varias casillas y cinco coches; en la lí ea de Valencia á Tarragona los puentes de Pineda y Río Seco, cortando 11 kilómetros de vía y el telégrafo del ferrocarril de Tarragona á Barcelona.

Septiembre. Queman las estaciones de Escatrón, Játiva y la Encina. En las cercanías de Bilbao cortan la carretera, y entre Tolosa y Villabona un puente. En la línea de Valencia la vía entre La Encina y Fuente la Higuera.

Octubre y Noviembre. Incendian las estaciones de Cazalla, Breda, Sardoni, La Granada, Gélida y Milagro, destruyen un puente de hierro en el ferrocarril de Pamplona, el de Barcelona á Girona, y cortan la vía entre Villarreal y Nules.

Diciembre. Incendian las estaciones de Recajo, Alcanadre, Cenicero, Tordera, Empalme, Sils, Riudellots, Fornells y Mogente. Cortan la vía y telégrafo en Cata-roja, el puente de Boquilla, el de Montalvo y el de Agostallo.

1874

Enero. Cortan la acequia de abastecimiento de aguas de Castellón. Cerca de Ayerbe, en la línea de Tarragona, destruyen un pontón. En la de Tudela á Pamplona queman dos estaciones, y en Cataluña la de Malgrat.

Febrero. Incendian la estación de Alcanadre en el ferrocarril de Tudela á Bilbao y hacen descarrilar un tren de mercancías cortando la vía. Entre Olesa y Monistrol destruyen un pontón, cortan la línea telegráfica y precipitan al río un tren de mercancías.

Marzo. Cortan el ferrocarril y telégrafo entre Vendrell y Valls, y el tranvía de Gandía. En Almansa destruyen la estación telegráfica y cortan la vía, causan deterioros en varios puentes de la línea de Alicante y Valencia y cortan la telegráfica entre Almansa y Mogente, entre Oviedo y Campomanes, así como cerca de Teruel, y repetidas veces entre Laredo y Castro.

Junio. Destruyen varias estaciones entre Tarragona y Vendrell, y para evitar el paso de las tropas á Berga, varias obras en la carretera. En el ferrocarril de Santander causan grandes desr efectos, como en obras de la carretera también.

Julio. Queman la estación de Rincón de Soto, en el ferrocarril de Tudela á Bilbao, y destruyen varios trozos de línea telegráfica en el de Valencia.

Agosto. Incendian una estación y un puente de madera en el ferrocarril de Barcelona á Tarragona; un tren y la estación de Mollet y puente de Ripollet; la estación de Vinaixa y casilla del guarda en el de Lérida á Tarragona, inutilizando seis kilómetros de vía. En el de Madrid á Zaragoza, entre Medinaceli y Arcos, detienen un tren, hacen bajar á los viajeros, enganchan otras máquinas y lo hacen descarrilar, cayendo al río cuatro de éstas; destruyen cuatro puentes de hierro de 20 metros de luz sobre el Jalón y otro de más consideración, y en la estación de Arcos inutilizan la plataforma, y queman la fonda y gabinetes telegráficos de Arcos y Medinaceli. En el de Alicante levantan carriles y maderas del puente de Sumidores, de ocho y medio metros de altura, y cae al río un tren de mercancías. Saquean además la estación de Venta la Encina. En el de Santander incendian la de Quintanilla,

destruyen la línea telegráfica de Miranda hasta Haro, la estación de Calaf, la de Quinto en Aragón; saquean y queman la de Calahorra y cortan otra vez la línea de Arcos.

Septiembre. Queman la estación de Espinosa de los Monteros en la línea de Santander; en Santuño destruyen el gabinete telegráfico; una descarga hecha á un tren de mercancías mata al fogonero y hiere al maquinista. Destruye varias veces el telégrafo entre Nules y Castellón. En la línea de Alicante roban un tren de mercancías, y atando los hilos del telégrafo al último vagón, llega sin personal hasta Albacete. Queman las estaciones de Pozo Cañada, Monovar y Novelda y cortan la vía de Cartagena, tres puentes, y queman las estaciones de Tobarrá y Agramont, destruyen las puertas y ventanillas de la de Hellín, sueltan dos trenes en sentido contrario, después de saqueados é incendiados, habiendo hecho bajar antes á los viajeros; dichos trenes chocaron con otros de servicio y salieron heridos varios empleados. En Murcia destruyen 80 coches y vagones, seis máquinas, cuatro puentes, tres estaciones y ocho edificios accesorios; destruyen la línea telegráfica entre San Vicente y Ilançes.

Octubre. Queman la estación de Cetino y tres casillas, destruyen el telégrafo y cortan la vía, estropean seis máquinas entre este punto y Bubierco en el ferrocarril de Madrid á Zaragoza; cortan el telégrafo entre Pajares y Vega de Ciczo (Asturias) y también entre Tafalla y Zaragoza, entre Villena y Alicante y entre Hellín y Murcia, y lo mismo entre Mieres y Pajares; queman la estación de Blanca, la de la Encina en el ferrocarril de Valencia á Alicante, y en la línea de Tarragona á Lérida concluyen de destruir once puentes y dos pontones.

Noviembre. Incendian la estación de Benlloch y destruyen los aparatos de un faro en Guipúzcoa.

Diciembre. Cortan cuatro puentes sobre el Zadorra.

Cariños que matan

Como procuro siempre no dejarme arrebatar por la pasión política, ni aun tratándose de mis mayores enemigos, confieso lealmente que si con el material de los ferrocarriles se portaban los carlistas como perfectos bandidos, en cambio trataban con gran cariño á los empleados, y les guardaban toda clase de consideraciones, como lo prueban los hechos siguientes:

—En Diciembre de 1872, disparan sobre un tren de mercancías entre Irurzazu y Huarte Araquil, hiriendo á un fogonero.

—Entre Arles y Vendrell disparan sobre una máquina exploradora y queda herido de muchísima gravedad el fogonero.

—En Enero de 1873 e' cabecilla Ma'ó secuestra y asesina al jefe de la estación de Glesa por haber permitido la circulación de trenes.

—En igual mes el cabecilla Hermoso de Mendoza, hermano del cura de Beriaín, secuestra en Noaín al jefe de estación y al guarda agujas, y les suministra los auxilios espirituales, para que al menos no mueran sin confesión en el caso de que, por permitir el jefe de la estación de Pamplona la circulación de trenes, *tenga que quitarles la vida.*

—En el mes de Marzo siguiente, prepara el cura Santa Cruz el descarrilamiento del tren núm. 15 en el kilómetro 590 y mueren el maquinista, el fogonero y otros empleados.

—En este mismo mes disparan los carlistas sobre un tren en las inmediaciones del puente de Castriuelas de Villafranca y matan al maquinista, al fogonero y á dos guardafrenos.

—En Mayo los facciosos de Cucala y Vallés maltratan de tal modo al jefe de la estación de la Selva, que lo dejan por muerto.

—En Septiembre dispara una partida sobre un tren cerca de Perpiñan y matan á un fogonero, hiriendo á la vez á un maquinista.

—Tristany manda en Noviembre hacer fuego sobre un tren que pasa por La Granada, hiriendo gravemente al fogonero y al guardafreno.

—En Enero de 1874 asesinan los carlistas á un mozo inofensivo en la estación de Caldas.

—En Agosto hacen fuego sobre el tren correo de Alicante al pasar por Venta la Encina, hiriendo de gravedad al maquinista.

—En Septiembre disparan sobre un tren en el que creían que iban los embajadores de Austria y Alemania, y matan al fogonero, hiriendo al mozo de la máquina.

Y para no cansar mucho con la enumeración de hechos parecidos, añadiré sólo uno á los ya apuntados, que no dejará á nadie duda de que los carlistas han considerado siempre como hermanos á los ferroviarios. Ésta:

—La vanguardia dela facción Lozano sorprendió el 14 de Octubre de 1874 en Pozo Cañada á varios empleados de la estación que estaban recomponiendo la vía.

Se refugiaron en una casa así que vieron á los carlistas, y allí fueron hechos prisioneros, siendo conducidos á la Nava, aldea distante dos ó tres leguas de aquel pueblo, amarrados de la manera más inhumana; tanto, que algunos pedían por Dios que les alojaran las ligaduras ó les matasen, porque de aquella manera no podían continuar.

Llegados á esta última población y previo un consejo de guerra verbal, fueron sacados á orillas del pueblo y fusilados por la espalda.

A la primera descarga tres de aquellos infelices cayeron muertos, pero el cuato, que era el jefe de la estación, infortunado jóven que apenas hacía veinticuatro horas que había tomado posesión de su destino, quedó completamente ileso.

Los carlistas, sin embargo, repitieron su descarga contra los que yacían en tierra, hiriendo de un balazo en un hombro al desgraciado jóven, que permaneció inmóvil, por lo cual dieron aquéllos por terminado el acto.

Un oficial carlista de unos veinte años que presenciaba la ejecución advirtió en el jefe un movimiento, y sacando su revólver se acercó al sangriento grupo.

Comprendiendo su intención, el herido se incorporó, y apelado á sus sentimientos humanitarios le rogó le perdonara la vida, ya que la Providencia se la había salvado de una manera tan milagrosa.

Pero el oficial carlista, sin decirle

más mínimo de los ruegos de su víctima, le aplicó el cañón de su revólver al oído, dejándolo instantáneamente muerto.»

Queda, pues, comprobado que los carlistas consideraron siempre á los ferroviarios como hermanos, á la manera que lo fueron Caín y Abel.

¿Y que hayan tenido ahora el criminal cinismo de aparentar que se ponían á su lado en lo de la huelga? Sería para que se fiasen de ellos mañana cuando se echaran al campo, y poderlos asesinar más á su sabor.

El nuevo Macabeo

No; que no traten los carlistas de rechazar al cura Santa Cruz; ese bandido les pertenece todo entero, porque comprendía y encarna lo que son y lo que defienden.

No pueden, no, rehuir la complicidad con él. Santa Cruz es una gloria suya, como el Conde de España, como Cucala, como Rosa Simanico, como Vergón. En la inmensa galeña de criminales que pueden exhibir, ocupa puesto preeminente.

¿Que al final lo combatieron y anuloron? Sí; más no por ladrón, asesino é incendiario, sino por desobedecer á D. Carlos y á sus generales, por hacer la guerra por su cuenta, por temor á que se sobrepusiera á todos.

Mientras se limitó á asesinar liberales indefensos ó soldados prisioneros, ninguno de ellos tuvo para él una palabra de condenación ni de suave reproche siquiera. La prensa carlista llevó su cinismo hasta calificarle de moderno *Cruzado*, de nuevo *Macabeo*. Amplió su esfera de acción, y entonces cayeron en la cuenta de que era un bandido. Lo era efectivamente, mas no estaban los carlistas autorizados para calificarle de tal.

Todo cuanto Santa Cruz hizo encajaba en su credo; mejor dicho, era el credo entero; y la tradición además. Desde 1827 acá, el carlismo ha obrado siempre como ese cura. Por esto hay que repetirlo: inutilizaron á Santa Cruz a pretexto de que desobedecía á D. Carlos, cuando era el que mejor secundaba sus miras. ¿Pruebas? Alá van algunas:

El 1.º de Agosto de 1872 escribía, como antes dijo, D. Alfonso al titulado general Ceballos: «Carlos escribe que, respecto á la guerra sin cuartel, si el caso la hace necesaria, se debe dejar hacer.» ¿Y quién mejor que Santa Cruz, cumplió este deseo de D. Carlos? ¿Qué otra voz se puso más al unísono con la de su rey?

Ningún carlista puede tirarle á Santa Cruz la primera piedra; cuál más, cuál menos, todos tienen responsabilidad en sus crímenes. El mismo Lizarraga, devoto antes que militar, que tanto se indignó contra él cuando se negó á obedecerle, ¿podía ni debía hacerlo? No. El documento siguiente, incubido por aquella fecha, se lo impedía.

Dios, Patria y Rey.—COMANDANCIA GENERAL DE NAVARRA Y PROVINCIAS VASCONGADAS.—Instrucciones que para el levantamiento de Castilla la Vieja en favor de S. M. el Rey (q. D. g.) y de nuestra santa Religión, deberá seguir el Exmo. Sr. Comandante general de Palencia, Zamora, Salamanca y Avila.

1.º Llevar á debido efecto la recluta de los mozos de los pueblos pequeños, según la relación dada por los señores Párrocos con fecha 15 del pasado Junio, remitida y visada por esta comandancia, mandándoles acudir secretamente á los puntos designados, y especialmente en los inmediatos á aquellos que hubiere armados un corto número de voluntarios de la república.

5.º Podéis contar entre el número de los conspiradores, por haber resultado de sus antecedentes aptitud para ello, á los individuos que expresa la adjunta relación. Del resto de los de la que remitió V. E. no han llegado antecedentes.

6.º Conviniendo á los intereses del Rey nuestro señor (q. D. g.) obrar con actividad y energía, llavará V. E. á debido efecto en cuanto sea posible, la secuestración de los jefes rebeldes y liberales sacrílegos incluidos en las relaciones que están en poder del Ilmo. Sr. D... y la de los malditos francmasones que entregará á V. E. la comisión interina de Inquisición, compuesta de los Ilustrísimos señores (aquí los nombres).

7.º Debiendo juzgarse las ofensas hechas al Altísimo, á nuestra Santa Religión y al humilde siervo del Señor, S. M. nuestro amado Rey D. Carlos VII, la sangre y el exterminio de los herejes y enemigos nuestros será recomendable á nuestro servicio.

V. E. quedará encargado como jefe su premo en cuanto me comunique la ejecución de los actos preparatorios tan necesarios para nuestro objeto.

Campo del honor 11 de Septiembre, 1873 de N. S. J.—De O. de S. M.—El secretario general, R.º. 2719 II.—Hay una rúbrica.—El comandante general de Navarra y Provincias Vascongadas, Antonio Lizarraga.—Hay una rúbrica.

Este documento, que desmiente á los que niegan que el carlismo sea la Inquisición, justifica completamente á Santa Cruz. Publicado por D. Carlos y refrendado por Lizarraga, ¿qué carlista le negará autoridad?

¿Y qué se dice en él? Que los párrocos están á la devoción del carlismo, (Santa Cruz lo estaba). Que debe secuestrarse á los jefes rebeldes y liberales sacrílegos, (lo que hacía Santa Cruz); que tenían ya la relación de los malditos francmasones, (para asesinarlos como Santa Cruz); y que la sangre y el exterminio de los herejes y enemigos era recomendable al servicio de D. Carlos; (en suma, lo que Santa Cruz realizaba).

Ese documento es más infame, cruel é inhumano que todos los actos de Santa Cruz, pues que ordenaba imitarle; siendo á la vez donde tracción clara de que, si el carlismo triunfara, superaría los horrores de la terrible década del 23 al 33.

Para concluir. Santa Cruz representa cual ningún otro el espíritu carlista, y por esto sus

jefes callaron hasta que se atrevió con ellos. Ni un obispo condenó su conducta, ni un clérigo protestó contra ella; lo consideraban dentro de la más pura ortodoxia abso'utista. No se hubiera sublevado contra los suvos, y habría podido hacerse recomendable á D. Carlos, á Lizarraga y demás asesinos de abolenzo, vertiendo la sangre y procurando el exterminio de los herejes.

Reconozcan, pues, los carlistas, como gloria propia, legítima é indiscutible, al incendiario, ladrón y asesino Santa Cruz. Sus infamias, sus crueldades y sus crímenes no le pertenecen: pertenecen á su partido.

El Papa-Ribalta-Laguarda

Laguarda jesuita

EN ROMA

El día 25 de Septiembre la prensa publicaba este telegrama de Roma:

«El Papa ha celebrado una conferencia reservada con el obispo de Barcelona. Se trató del peligro que puede traer á los católicos la ley de Asociaciones, y me consta que el prelado, reconociendo que el proyecto será una realidad, lo ha calificado de primer éxito de la política anticlerical en España.

»Laguarda se ha quejado de que sólo haya protestado el episcopado contra esta ley, mientras los católicos, en general, vencidos por las zalamerías de Canalejas, siguen indiferentes sin comprender la gravedad de la reforma.

»El Papa ha prometido al obispo proveer tan grave cuestión.»

O yo soy lerdo, ó esto significa que el obispo de Roma y de España va á proclamar de un momento á otro la guerra santa, gracias á las instigaciones del obispo Laguarda, obispo de Barcelona por gracia de la Constitución liberal y del Jesuitismo.

Esto que parece insignificante, es de mucha gravedad. Los jesuitas, para sus planes diabólicos, utilizan los obispos, en especial los de Barcelona, Valencia y Vich, siempre dóciles instrumentos, desde San Ignacio á nuestros días. Utilizan cerca de ellos la intriga de la Defensa Social, para hacerles decir y hacerles escribir al Papa, al rey, al diablo, lo que ellos no tienen valor de proponer. Ignacio utilizó en su tiempo al obispo de Barcelona Casadó, jesuita secreto, para su campaña contra las monjas, para propagar la Inquisición y para otros cien menesteres. ¿Qué no sucederá ahora con Laguarda, cliente de confesión de la Compañía é hijo espiritual del P. Lloberola?

Pues bien: el razonamiento de Laguarda al Papa debió ser redactado ó inspirado por el P. Lloberola, «cadáver» que baila según el resorte jesuita de Fiesole.

Y esta es la gravedad: el jesuitismo prepara la guerra santa y la guerra civil, que va á proclamar el Pontífice.

EN ESPAÑA

Laguarda y el requeté

Laguarda es el instrumento que bendice las banderas de los requetés, jurando jesuiticamente que la Iglesia no tiene política. Y para que su acción no se limite á Cataluña y para que trascienda á toda España, formula ante el Papa la acusación contra los demás obispos que no han sabido, como él, armar requetés, dispuestos á lanzarse al campo al primer aviso. Esto significan sus quejas al Papa.

El pretexto será la *Ley de Asociaciones*, buñuelo que al pueblo español importa un bledo, pues le saca de Málaga para meterle en Malagón.

Y en tanto que en Cataluña están haciendo maniobras y simulacros los requetés jesuitico-episcopales, y en tanto que en Vizcaya los jesuitas celebran solemnes juras de banderas, y en tanto que minan la disciplina del ejército con el cisma clerical mediante folletos como los del P. Villariño, y en tanto que el Sumo Pontífice Máximo encargué á algún jesuita de Roma la proclamación de guerra, por toda España se hace la propaganda miliciana que se puede ver en estos párrafos de *El Mercantil Valenciano*.

«El gobernador civil de Valencia des pues de homicidios, atentados y agresiones de los del *requeté*, ha recordado en un bando las disposiciones que regulan el comercio de armas prohibidas.

«El bando está bien si se ha dictado para cumplirlo y no para desarmar á los jóvenes republicanos de Valencia que es lo que hacían antes los funcionarios y agentes.

«El *requeté* de Algemés, encomiado por el capitán general por haber estado arma al brazo cuando los sucesos del año pasado, tiene licencia para usar armas prohibidas? Como apostilla al bando viene la denuncia que el *Mercantil Valenciano* trasladó á los gobernadores de Valencia y Castellón y al obispo de Segorbe.

«Es el caso—dice el denunciante—que algunos curas de la diócesis de Segorbe, tal vez la mayoría de ellos, están haciendo una activa propaganda para colocar escopetas, pistolas automáticas y carabinas, armas todas, según asegura el *catálogo*, de gran resistencia y alcance, á precios increíbles, regalando siempre alguna á sus agentes.

«La fábrica de Vitoria encargada de proporcionar todo este arsenal de guerra, para que no la engañen en sus pedidos, obliga á los curas á que en los mismos se ponga el santo sello parroquial, advirtiendo que sin este requisito no remitirá arma alguna.

«Cuéntanse por miles las armas vendidas á precios fabulosamente baratos, y también alfileres de oro con el retrato de don Jaime y el consabido «Dios, patria y rey.»

Como se ve, no es tanta la indiferencia de los católicos; sólo que Laguarda debe tener mucha prisa y todo le parece poco.

EN BARCELONA

Laguarda-Ribalta

Resonando todavía en su oído izquierdo la voz pontificia, Laguarda llega á

Barcelona entre el zumbido de tormenta socialista de la huelga ferroviaria.

No deben estar preparadas todavía las faldas ignacianas. Sintieron miedo.

Y como el Papa Alejandro VI pactó con el gran Turco contra los Estados católicos; y como Carlos V el católico pactó con Barbarroja contra el rey cristianísimo su cuñado; y como el Papa Paulo III, padre mayor de la Compañía de Jesús, pactó con todos para traicionarles á todos, así Laguarda, piadosamente pensando influido por su padre y director espiritual, decidió ponerse al habla con el heraldo socialista: el compañero Ribalta.

Y maró á mano platicaron; y la voz de Ribalta sonaba en el cerebro del obispo juntamente con el eco de la voz del Papa.

Y ¡cosa maravillosa! á creer lo que nos cuenta el Presidente del Consejo, de que el obispo Laguarda le ha teleografiado en favor de los huelguistas, habríanos de suponer que Ribalta convirtió al socialismo, en solo un *ejercicio espiritual*, al obispo jesuita.

Al Jefe del Gobierno no le ha engañado el obispo. Hase dicho para su capote: «¿Con que quiere lavarse las manos para que no le pidan cuentas? ¿Ve venir el nublado y echa á correr, dejando en la estacada al Gobierno? Pues... ahí va al público su telegrama.

Y á renglón seguido el presidente del Corazón de Jesús, pasa á calificar la huelga de movimiento anarquista, con lo cual el pobre obispo de Barcelona queda comparado en el nivel monárquico, con Ferrer Guardia.

¡Qué cruel es Canalejas!

El y Laguarda han entrado en duelo, manejando el uno el báculo á lo jesuita y el otro la vara á estilo de consagrado. Y á fe que el varapalo ha dejado á bollada la mitra. ¡El obispo Laguarda, autor público de un movimiento anarquista!...

Se ha lucido el jesuitismo.

Se ha lucido el p. b. e. Lloberola.

A las manos jesuitas se confió Morgades y salió como salió... Laguarda va á salir peor librado.

Lloberola-Laguarda

¿Qué le dirá el P. Lloberola al obispo, arrodillado á sus pies, dándole cuenta de estos éxitos? Como si lo oyera.

—Hijito mío: jesuita, ó á casa. El jesuita tiene hecho el voto del sacrificio de su fama. Obedece ciegamente; no mira qué destino le asigna la Compañía; es indiferente á ser un Malagrida, un Ravaiillac, un Xavier, ó un Borrassa. Lo mismo le da el honor de los altares que el baldón del patíbulo... «*perinde ac cadáver*».

«¿Qué pueden decir de ti? ¿Que eres un obispo anarquista? De San Ignacio dijeron que era endemoniado... *Sint ut sunt aut non sint*... «Como palo seco en manos de quien le maneja...»

—Pero, padre—le dirá el obispo—¿Es lícito apoyar á los huelguistas en este acto que la suprema autoridad política llama anarquista?

—¿Y qué? ¿No servía de espía contra

España al rey de Francia nuestro P. Diego Cáceres, compañero de San Ignacio, en tanto que éste se entendía con el de España?... Y en fin; el jesuita no necesita saber el por qué, sino el *qué*. ¡Ciegamente!..»

Discurso de Ribalta

: : á Laguarda : :

Con estas instrucciones, Laguarda vuelve sus ojos á Ribalta, héroe de la refriega.

¿Y qué le diría el compañero Ribalta al excompañero Laguarda?

Supongo que lo siguiente.

—Señor burgués: de las intenciones que usted pueda llevar en estos tratos, me da testimonio su conducta. Centenares de curas *ferroviarios del cielo* tiene usted muriéndose de hambre ¡y el obispo tan tranquilo! Por las plazas anda pordioseando el *obrero celestial* Serrat, hijo del Corazón de María y hermano de los del *Iris de Paz*. ¿Y qué diremos de mosén Prat? Cuarenta mil duros cobró el cabildo de la Merced... y él se muere de hambre y de enfermedad... Amiguito; Maristany no nos trataría á nosotros peor. Y si usted, antes de ser obispo, aprendió la ley del trabajo pastoral, llamado evangelio, habrá leído: «El que no tiene cuidado de los suyos... es un renegado y peor que el infiel...»

Dicese que usted es jesuita. ¿No sabe usted la doctrina jesuita con sus socios? ¡Ni blanca, aunque revienten, si no es para someterse bajamente, bestialmente, á la Compañía!... Ahí está el P. Rojas, que llevó 30.000 duros á la empresa y ha salido desplumado... Y con esta conciencia moral, ¿viene usted á hablar á los socialistas? ¿Qué le importa la huelga ferroviaria? En sus manos de usted estuvo el evitarla. Si tres años atrás hubiese excomulgado á Maristany y al Consejo, de no enmendarse en sus abusos expletadores, hace tiempo que los obreros bendeciríamos al obispo.

¿Por qué, en vez de llamarme á mí, no emplaza á la Junta de Accionistas, católicos todos, piadosos todos, fulminando la excomunión de no reformar su conducta inhumana?

¿No sabe que una gran parte de las acciones de ferrocarriles están en poder de monjas, frailes, canónigos y cofrades? ¿Cómo no se le ha ocurrido convencer á estos de la inhumanidad de los dividendos extráidos de las estafas al Estado, de los chanchullos políticos y del sudor del obrero?

¿Cómo no ha advertido que el vino de los cálices y la harina de las hostias saben á sudor ferroviario, con cuyo dividendo son comprados en las bodegas y graneros?

Pero es más, compañero apostólico: en la Catedral teneis el *fondo de reserva* creado por el Estado y extraído de nuestro sudor, para remediar las crisis del pueblo y del clero... Rinda cuentas de ese fondo... ¿Cuánto ha distribuido el obispo á obreros necesitados? ¿Cuánto á clérigos

inutilizados? Y si no lo ha destinado á eso, ¿en qué se emplean, señor burgués, esos fondos defraudados á los indigentes?

Deje, Sr. Príncipe de la Iglesia, al obrero en su miseria, en su trabajo, en su opresión y en su desesperación. ¿Qué tiene que ver Cristo con Belial? Nosotros somos el hambre: vosotros la hartura. Nosotros el trabajo: vosotros la holganza. Nosotros el tren que empuja: vosotros la rémora que todo lo atasca. Nosotros la familia honrada: vosotros la disolución del hogar. Vosotros el abuso oficial del Estado, repletos de privilegios indignos: nosotros los parias desposeídos de todos los derechos, aun los más sagrados.

Vaya, enhorabuena, á tratar con Comillas, Güell y Godó, las artes de organizar los *requetés*, eventuales del movimiento social, y las *Defensas sociales* que inspiran el terrorismo al Gobierno contra los *de abajo*.

De ellos, de Parellada, de Canals, de Pons, de Tolrá, de todos los capitalistas, vaya el clero secular y regular extrayendo donativos y herencias, con que levantar basilicas y conventos para los vuestros, dejándonos á nosotros el trabajo de levantarlos y los riesgos de morir aplastados... Aconsejeles la avaricia, la opresión, la división de los obreros, la represión de las huelgas... esto debe aconsejar; porque con ello se enriquecen ellos y acumulan PARA VOSOTROS los tesoros extraídos de nuestra sangre... La sangre que abandona nuestros cuerpos exprimidos y va á rellenar los de jesuitas, magnates, canónigos y frailes pletóricos...

Ahí estará usted en su puesto... Digale á Parellada que siga con la explotación de las telefonistas; á los conventos, que acaparen los trabajos; al Gobierno, que aumente los privilegios del f. a. l. e., que exima de contribución sus industrias, pues de nuestra piel puede extraer los tributos: que exima de quintas sus eunucos y saque la carne de cañón de las filas de los obreros consagrados á defender á los frailes reneados del ejército... ¡Esto, amigo Laguarda, debe predicar y aconsejar, dando á todos los explotadores, á sus mujeres é hijas la bendición pontificia, la comunión del cuerpo y sangre de Cristo, el perdón de los pecados y la seguridad del cielo eterno...

Esto... para ellos. Para nosotros, las excomuniones del Syllabus; las maldiciones de los pulpitos; los insultos de vuestros periódicos; las puñaladas de vuestro *requeté*; las diatribas de vuestra *Defensa Social*; los calabozos de las cárceles, los fosos de Montjuich, la ley de jurisdicciones, la represión de las huelgas, las infamias jesuíticas, las cargas de la policía... y después de una vida de hambre, de opresión y de muerte continua, el asilo para los viejos; la sala de sífilíticos para los jóvenes; para todos la fosa común y después el infierno...

Lo sabemos, Sr. Laguarda: esto es lo único que puede ofrecerse á los ferroviarios en nombre del Padre, del Hijo y

del Espíritu Santo romanos... Verdaguer, Ardeta, Clemente García, Prat... y su prima nos sirven de ejemplo.

¿Que no le dijo esto Ribalta?

Pues á fe que no tuvo cosa que decirle fuera de esto.

Laguarda y la Huelga

Debe ser verdad cuando el Gobierno lo dice: Laguarda se ha puesto del lado de los huelguistas...

¿Para qué? ¿Es que va á solidarizarse y á ceder lo que le sobra de su sueldo de *ferroviario celestial* en favor de los huelguistas? ¿Es que saldrá con capa magna á reclamar para sí y para el cabildo el primer estacazo de la policía y el primer tiro de la Guardia civil?

Lástima que no se le haya ocurrido antes á este Pastor el recuerdo de que hay ovejas enfermas, y á tan buen cristiano el recuerdo de que es hermano del obrero...

Porque es lo cierto que á este vicario de Cristo no le han visto los pescadores del muelle entre ellos; ni menos sacando del tesoro eclesiástico pan y peces para darles de comer; ni oír hablar de él á los presos de la cárcel; ni se le vió por Madrid intercediendo por los fusilados de su diócesis...

¿Quién delante le ha convertido inesperadamente á la causa del obrero? ¿Quién? El P. Lloberola, seguramente. Los jesuitas, que deben medir el alcance de las ametralladoras de sus almenas y la fuerza del oro de sus arcas, y á pesar de ello, sienten miedo...

Miedo á la tromba... La tromba que se levanta; la tromba que zumba; la tromba del hambre que hace esclavos á los libres y hace desesperados á los esclavos. Que hace soldados y anarquistas. Que hace pueblos jesuitas y viles, y revoluciones heroicas. La tromba que hace *requetés* y hace huelguistas...

Y el obispo Laguarda ha tendido el paraguas. Y mientras con el Papa en Roma está redactando las proclamas á la guerra civil, á causa de sus informes jesuíticos, en España coge del brazo al compañero Ribalta, diciendo al pueblo alborotado:

—No os precipitéis, que todavía no están distribuidas todas las armas de las fábricas; ni tienen bastante pólvora los Padres; ni están ejercitados los *requetés*... Esperad unas horas más... Dad gusto al Padre Santo y ya veréis cómo os lo premiamos... Sed mansos y humildes; que para ser soberbios y feroces nos bastaremos nosotros...

¡Oh, sabiduría jesuítica!

¿No es esto lo que quiere decirnos Laguarda?

R. MAYOL



El Ejército y los carlistas

Difamación sistemática

Voy á relatar sucintamente una de las mayores infamias cometidas por los carlistas en cumplimiento del mandato de D. Carlos, de «que matasen cuantos individuos del ejército pudieran, no dándoles cuartel, porque eran *unos facinerosos*».

Cuando Concha iba á atacar á Estella, Dorregaray, el miserable asesino de los voluntarios de Cirauqui, publicó en 16 de Junio una proclama anunciando la guerra sin cuartel, mintiendo de este modo:

«Bien saben nuestros enemigos, como sabe todo el mundo, que hemos hecho hasta ahora todo lo posible, y acaso un poco más de lo razonable, por humanizar y suavizar la guerra; bien sabe que han respondido casi siempre á nuestra generosidad é hidalguía con mezquinas traiciones y con crueles atropellos; deben saber igualmente, y si no que lo sepan ahora, que al primer acto de barbarie que cometan contra nosotros ó contra el país, en odio á nuestra causa, comenzaremos á hacerles la guerra sin cuartel; y saben, por último, perfectamente, que este paso, en verdad doloroso, influiría de una manera tan favorable en la suerte de nuestras armas como desfavorable en la de las suyas.»

Respuesta digna

A tal procacidad, inspirada por el miedo, contestó el general Concha con esta mesura:

«Soldados: El jefe del Ejército enemigo acaba de publicar una proclama anunciando para mis adelante la guerra sin cuartel. Las postrimerias de una causa perdida se distinguen generalmente por las crueldades. No sigamos nosotros tan horrible ejemplo. Nuestra misión es vencer y no asesinar.»

Espero, pues, que al entrar en Estella, que está destinada á sufrir los estragos de nuestra formidable artillería, no se desmentirá un instante la proverbial hidalguía del soldado castellano ante un enemigo vencido y ante una población que al fin es una ciudad de España.

Así responderéis dignamente á ese gaito de rabia que anuncia la impotencia del enemigo, mereciendo la estimación de los hombres honrados y la de vuestro general en jefe.—*Manuel de la Concha.*»

Se traba el combate, triunfando en toda la línea el ejército. Pero muere Concha y lo conquistado se pierde. Caen prisioneros varios jefes, oficiales y soldados; el miserable que había decretado la guerra sin cuartel toma pretextado del incendio casual de unas casas en Abarzuza para satisfacer su sed de sangre, y ordena el fusilamiento de los prisioneros.

«La aglomeración de fuerzas en Abarzuza (dice el escritor semi-carlista señor Bermejo), y el descuido natural del soldado, dieron ocasión al incendio casual de algunas de sus casas, completamente abandonadas. Las fuerzas de ingeniero»

acudieron en el momento y quedó prontamente extinguido; pero á la una del día, al salir las tropas para el combate, por haber quedado los fuegos sin apagar ó por otra causa intencional, *aunque no es de creer*, el incendio tomó nuevas y mayores proporciones.»

Pues bien; esto, repito, dió pretexto á Dorregaray para lanzar un Manifiesto acusando de incendiario al Ejército.

Crueldades inauditas

La sangrienta farsa se llevó á cabo con arreglo al programa redactado de antemano.

Al entrar los carlistas en Abarzuza después de haber abandonado la posición las tropas leales, hicieron prisioneros á bastantes soldados y algunos individuos de las ambulancias que se habían quedado atrás, y armados de navajas, hachas y bayonetas, quisieron asaltar la casa en que estaban encerrados é inmóviles allí, lo que no lograron gracias á la energía de un coronel carlista. He aquí el cuadro que él trazó después:

«Lleguéme á la iglesia, donde estaban gran número de heridos liberales, y era cosa tristísima ver este espectáculo,

Tendidos en el suelo desnudo, unos encima de sus mantas y sobre las frías piedras, yacían miserablemente aquellos infelices con la cabeza reclinada en el morral ó en el suelo; cuál agonizaba, cuál llamaba con voz apagada á su madre, cuál se quejaba dolorosamente, cuál estaba inmóvil como un muerto. Había heridas horribles que desfiguraban toda la cara; los uniformes estaban manchados de sangre y barro y el suelo lleno de charcos sanguinolentos. Algunos soldados se habían reclinado en la pared y se lamentaban maquinalmente, como sin darse cuenta del sitio donde se hallaban ni la gente que les rodeaba.

Los médicos, enfermeros y soldados, con algunas mujeres y paisanos caritativos, andaban por entre ellos; socorriéndoles del mejor modo posible y teasladándolos cuidadosamente á las ambulancias para enviarlos al hospital. Yo me acerqué á un herido que estaba mudo, inmóvil y pálido como un muerto, y le dije: «Muchacho ¿cómo va la herida?»—«La herida bien, señor, me contestó; sino fuera por el hambre que tengo... No sé cuánto hace que no he comido, y el hambre me atormenta.»—«¿Cómo! exclamé. ¿No comiste ayer?»—«No señor, me contestó, porque no había raciones.»

Esto me sorprendió mucho; mandé en seguida darle algo, y después de entretenirme un poco con otros heridos, me fuí á la sacristía, que estaba llena de cadáveres liberales. La gente los contemplaba en silencio, ó hablando en voz queda.

Veíanse por el suelo todas las clases confundidas, soldados, oficiales y jefes, y sobresalían las figuras y actitudes más extrañas. Todos estaban pálidos como la cera vieja; unos presentaban la imagen de la tranquilidad, otros tenían los brazos abiertos por encima de la cabeza y el rostro lleno de angustia; muchos aparecían acurrucados, y entre todos descollaba un cazador de cara morena, larga, flaca y enérgica, que estaba todavía en ademán de atacar á la bayoneta; sus ojos vidriosos lucían siniestramente, su rostro revelaba una de-

cisión irresistible, su boca parecía entre abrirse para dar un viva á su bandera, sus piernas encogidas en estado de subir una cuesta, y tenía aún los brazos terciados y los puños cerrados, como si enristrase el fusil. La muerte le sorprendió de aquel modo, sin darle tiempo á cambiar. Jamás podré olvidar tan heroica figura.

Volví á mi alojamiento bastante afectado por las últimas escenas que había visto, y considerando quién era D. Carlos y lo que á los españoles nos costaba, no pude menos de entristecerme.

¿Por qué extraña fatalidad, pensaba, nos hemos de matar y arruinar en nombre de un ser tan antipático é inmoral? ¿Por qué hemos de figurar tantos hombres decentes en las filas de un partido cuyo jefe es un infame? ¿No es sensible que se haya derramado por él sangre inocente en ésta y otras batallas? ¡Ah! Los que conociendo á D. Carlos han engañado á los españoles persuadiéndonos que era un hombre digno, merecen el desprecio más abrumador de la gente honrada y las censuras más acerbas y vehementes de la historia.»

Fosa abierta antes de dictarse sentencia

Pirala, al ocuparse de los fusilamientos de Abarzuza, dice:

«Que ordenóse á Montoya se encargara de los prisioneros, juzgándolos en Consejo de guerra y fusilándolos, lo cual no le fué grato, porque más deseaba habérselas con sus enemigos en el campo que en el tribunal: tuvo que obedecer, y bajo su presidencia se constituyó el Consejo en Abarzuza con dos capitanes del primero de Navarra, dos del tercero y dos del cuarto.

Ciento cincuenta y cinco hombres llenos de vida y juventud, abatidos por la desgracia y esperando una muerte próxima, eran objeto de la curiosidad ó de la burla de un populacho sin entrañas que había acudido á Abarzuza á presenciar el fusilamiento de aquellos prisioneros, *entre cuyo público había algunos sacerdotes*, que fueron llamados para prodigarles los consuelos de nuestra santa religión. Sin que el Consejo reunido para juzgarles hubiera pronunciado la sentencia, estaba prejuzgada la muerte que les esperaba.»

Estas palabras indican claramente que se trataba de un asesinato infame, no de un acto de justicia.

El coronel Segura, que llegó en aquel momento con el capitán García, se horrorizó al ver un grupo de paisanos abriendo una fosa, y marchó á la casa donde estaba reunido el Consejo de guerra, y en cuyas inmediaciones había mucha gente esperando el resultado para presenciar la ejecución de aquellos infelices. «Aquel juicio, continúa Pirala, era formal para cubrir las apariencias; era un sarcasmo.»

El Sr. Sobrino comandante, se atrevió á defender á los prisioneros, sosteniendo lo que no se les podía condenar como incendiarios; porque no se les podía probar que lo fueran; y porque la ordenanza, con arreglo á la cual había que juzgarlos, no los condenaba.

Sus palabras no hallaron eco en el Consejo, compuesto de gentes, que, en su mayoría, «hacia un año estaban cavando ó estudiando teología en un semi-

nario, y en el tiempo que llevaban en las filas habían olvidado lo que sabían de su antigua profesión sin aprender nada de la nueva.»

El auditor fingió una enfermedad (había en él un resto de honradez) y le reemplazó un joven inhábil, cobarde y mediano de salud. La defensa se encomendó á dos alféreces, que no supieron qué decir, acabando por confesar que no entendían de aquello.

Los acusados se presentaron al juicio en grupos de 50. Se anotaban sus nombres y se preguntaba si su general les había dado orden de incendiar y robar: todos decían que no. Entre ellos estaba el alemán Schmitt, prisionero en Villatuerta al empezar el combate. Contestó en mal español que era militar, que no quería mal á España, y que había venido á la guerra como curioso. Condenado á muerte, pidió permiso, que le fué concedido, para escribir á su familia.

El fiscal era á la vez auditor, y después del interrogatorio condenó á muerte á todos, excepto á 20, á propuesta de Montoya. La sentencia se firmó por unanimidad, habiendo lo vocal que, según dijo más tarde, *al firmar le temblaba la mano.*

Carlistas indignados

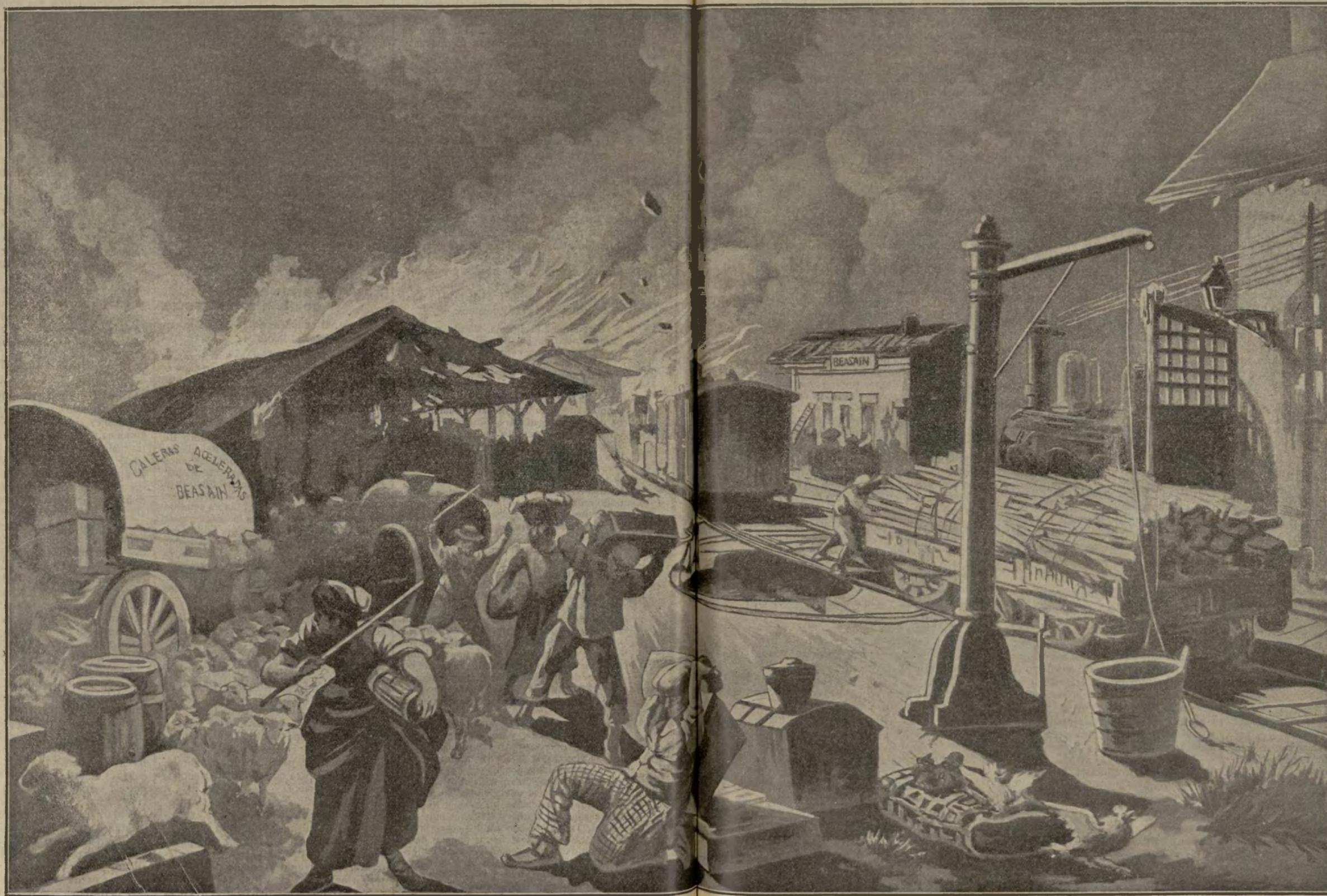
Antes de firmarse la sentencia se presentó Sobrino, volvió á influir en favor de los acusados, y al ver la inutilidad de sus nobles esfuerzos, dijo que si se les condenaba á muerte, *la vergüenza le haría pedir su licencia absoluta.* Amigo de darle á cada uno lo suyo, diré que hubo dos personas más que se interesaron por los prisioneros y se unieron á Segura y Sobrino para concertar el modo de hacer algo en su favor, Calderón, coronel de guías, á quien, como valiente, le repugnaba aquel sacrificio, y un cura italiano que en lo más recio del combate apareció muchas veces animando á los carlistas haciéndoles adorar una gran cruz de hierro que siempre llevaba.

Al ir á ejecutarse la sentencia, suplicó Segura á Montoya que retrasase dos ó tres horas su cumplimiento, y al prometerlo, volvió con García en busca de don Carlos, que se hallaba en Muez.

Recibióle el párroco de Irujo, quien, lejos de ayudarle, manifestóle que era inútil lo que se hiciera, pues D. Carlos estaba muy incomodado y no quería hablar de perdón. A pesar de esto, Segura insistió en ver á D. Carlos. Le dijeron que estaba comiendo acompañado de doña Margarita, y allí fué, consiguiendo, después de mil réplicas y mil negativas, que en vez de fusilar á 135 hombres se les diezmasen.

Volvieron de nuevo Segura y García á Abarzuza, reventando caballos, y al llegar se encontraron confesados ya á todos y que habían marchado para ser fusilados 20 en Villatuerta, y 12 en Zurucaín. Los de Abarzuza estaban salvados, pero había que llevar la orden á los que se hallaban en marcha. Sólo se presentaba á llevar la noticia el cura italiano, mas su caballo andaba menos que un

EL MOTIN



En Junio de 1873 incendia el cura Santacruz la estación de Beasain y 27 coches y 170 vagones cargados de mercancías.
Ayuntamiento de Madrid

hombre. En esto se presentó el comandante Sobrino, salió al galope, y tuvo la fortuna de llegar á tiempo de salvar á aquellos desgraciados.

Hicimos reteniendo en la memoria los nombres de Segura, Sobrino, García y el cura italiano.

En cambio, execremos la de Dorregaray, que, ansioso por sacrificar á todos, envié á su ayudante Villanueva para que, prescindiendo de la orden de indulto, en el acto fusilase Montoya á cuantos habían sido condenados á muerte, increpando á Segura y á Montoya porque á las seis de la mañana no habían sido fusilados los prisioneros. Por fin procedióse al sorteo, sacando cada infeliz prisionero su papeleta.

Llegó Dorregaray á Abarzuza en el momento en que iba á comenzar la ejecución; recibióle los prisioneros, ¡tan dulce es la vida!, con aclamaciones á su persona, al rey y á la religión, y el miserable les contestó en términos tan inconvenientes como poco delicados, reprendió agriamente á Montoya por no haberlos fusilados inmediatamente de sentenciados, é hizo que la ejecución se acelerase.

Los fusilados fueron un capitán, un teniente y diez soldados en Abarzuza; en Zurucuaín un soldado, y en Villatuerta otro y el alemán Schmitz.

El noble proceder de Segura y Sobrino fué castigado por Dorregaray con un mes de arresto en Monjardin.

España y Europa escandalizadas

Aquellos fusilamientos arrancaron un poderoso grito de indignación en toda España y en toda Europa, y Dorregaray, el infame autor de los asesinatos de Cirauqui, y á quien se trató después de crear una leyenda por las canalladas que D. Carlos cometió con él, no contento con disculparlos, tuvo la audacia criminal de escribir en el sanguinario periódico *El Cuartel Real*:

«Hoy hemos fusilado no más que la décima parte de los criminales: de hoy para arriba sufrirán esa suerte todos: de hoy para arriba haremos guerra sin cuartel á ese ejército de fieras.»

Y dice Pirala:

«Se probó que eran incendiarios los fusilados? Expuestos quedan los hechos, y no resulta de ellos un acto de severa justicia, sino de mezquina venganza y de bárbaro atropello, propio de toda guerra civil, que apaga en el corazón humano los más generosos sentimientos, y familiarizado el hombre con la sangre, la derrama impasible. desnaturalizándose é insultando á la humanidad.

La historia no puede disculpar ni referir impasible estas hecatombes, procedan de donde procedan, y tiene que condenarlas y la guerra que las produce.»

D. Carlos, el infame que ni ahorcándole un millón de veces hubiera pagado lo que debía, lanzó un Manifiesto, tejido de falsedades y calumnias contra el Ejército. En él decía:

«Mis enemigos patentizan su impotencia con el robo, el asesinato y el incendio, que decretan descaradamente, y al cual se entregan con saña fría. Después de haber arruinado al país con sus funestas ambiciones, lo deshonran con sus crímenes y lo matan con su bárbara ineptitud.

La España sabe muy bien cómo me he conducido yo para con ellos. Apelo á la honradez de aquellos que han sido mis prisioneros antes de la batalla de Abarzuza.

Pero llegó un día en que las tropas rebeldes asolaron nuestros campos, incendiaron nuestras poblaciones, asesinaron á nuestros heridos y se entregaron á todo género de horrores. No podía tolerarlo, y sometí á los criminales á los rigores de la justicia.»

Uno de los fusilados, como he manifestado, fué el capitán de artillería alemán, Schmitz. Como llevaba traje de paisano y hablaba con dificultad el español, fué detenido por espía. Se le juzgó de un modo sumárisimo y á pesar de sus protestas fué condenado á muerte. Le hicieron creer que le salvarían la vida si abrazaba el catolicismo; lo hizo, y fué fusilado á las pocas horas. En vano exhibió pruebas de que era correspondiente militar de varios periódicos alemanes; en vano protestó de que no había hecho armas contra los carlistas: fué sacrificado.

Al ver la indignación que el acto había causado en Europa, el rufián austriaco, en el Manifiesto á que he aludido, insultó villanamente la memoria de Schmitz pintándole revólver en mano á la cabeza que había sido sentenciado y ejecutado por espía.

El Manifiesto, conjunto vil de falsedades y calumnias, alcanzó como único premio el desprecio de todos los pueblos civilizados. Los periódicos extranjeros copiaron indignados algunos de sus párrafos, calificándolos de la manera más pura.

D. Carlos y Dorregaray únicos responsables

Don Simón Montoya, no atreviéndose á arrojar la responsabilidad de los infames fusilamientos de Abarzuza sobre quienes debía recaer, se descartó en 1879 de la que se le imputaba, diciendo: «que él abrazó la carrera militar para vivir esclavo de la ordenanza, prestar siempre la obediencia debida á sus superiores y dar pruebas en caso preciso de ese valor inmensamente mayor que el del combate.

«El encargo que se me daba, añade textualmente, de presidir el Consejo y ejecutar su fallo en plazo brevísimo, era demasiado espinoso y terrible para que no procurase llevar á esos actos todas las órdenes é instrucciones necesarias y aún convenientes para cubrir por entero mi responsabilidad ante Dios y los hombres.

Así es que, previsto el caso de que los procesados negasen el cargo de incendiarios, pregunté á mi superior que qué hacía entonces el Consejo; y vive aún el que le volvió la respuesta, previniéndome de parte de aquél, que la *alocución del general en jefe* comprendía todo el ejército de Concha, y que, de consiguiente, *todos los prisioneros*

debían considerarse como incendiarios y ser pasados por las armas.

Esta fué la ley, buena ó mala, justa ó injusta, necesaria ó innecesaria, que eso no es del caso dilucidar ahora, que se nos mandó aplicar, que tuvimos presente y aplicamos al discutir y votar el fallo.»

Explica luego lo que ocurrió después del Consejo para que él no pudiese hacer más de lo que hizo por los procesados, asegurando que el Consejo aplicó la ordenanza como ley penal, y la *alocución del general en jefe como ley*, alocución que los vocales del Consejo habían tenido presente de orden superior, para dar sus votos. Diciendo además:

«A mi pobre juicio, los Sres. Segura y Sobrino pudieron trabajar más eficazmente por los procesados, aceptando Segura la presidencia del Consejo, para la que fué designado antes que mi humilde persona y tomando Sobrino á su cargo la defensa de los presuntos reos, medio, creo, más adecuado para que sus palabras pudiesen vencer la ignorancia de los vocales y *halar eco y ser atendidas en el Consejo.*

Pero he dicho que esos señores podrían haber tomado parte oficialmente en los sucesos de aquel día, acaso con ventaja para los prisioneros, y me arrepiento. Porque esclavos entonces de su deber, como yo procuré serlo, y perfectos conocedores de la legislación que se les mandaba aplicar, ni habría alegado por ineficaces el Sr. Sobrino los argumentos que se le atribuyen, ni el Sr. Segura habría podido gestionar, como gestionó, con gran honra suya, por el indulto de los sentenciados.»

Pinta después la lucha tremenda que tuvo que sostener entre el cumplimiento de las instrucciones que se le habían dado y el naturalísimo deseo de no imposibilitar ni aun enterpecer los trabajos laudables de Segura y otros para obtener el indulto, y dice, que «mientras él estaba desempeñando su cargo en el Consejo, se había procedido, no sabe por mandato de quién y con absoluta ignorancia suya, no sólo á *confesar á los prisioneros*, sino también á *abrir las zanjas donde debían ser enterrados*; y que á pesar de esto, él, faltando á lo que se le había ordenado, dió facilidades para que se pidiera el indulto, prestando su propio caballo para tales diligencias. Y que con esto, y con haber resuelto terminantemente no llevar á cabo las ejecuciones sucesivas, sino simultáneamente en los tres pueblos que se le designaron *en orden anterior á la formación del Consejo*, le cupo la inefable satisfacción de ver indultados las nueve décimas partes de los prisioneros.

Estas explicaciones del presidente del Consejo de guerra, patentizan la iniquidad que se cometió al perpetrar aquellos fusilamientos, son la condenación más terrible que contra D. Carlos y Dorregaray se ha formulado, y demuestran los grados de ferocidad que imprimió á la guerra el clericalismo, que hoy adula miserablemente al Ejército, suponiendo que puede ayudarle á implantar el absolutismo en España, olvidándose de la mancha incura con que siempre lo trató, la vileza y la cobardía con que lo sacrificó siempre que pudo, y el postergamiento mo-

ral en que tuvo siempre á los jefes y oficiales del Ejército que se pisaron a sus filas, mientras alentaba y aplaudía á los asesinos y ladrones que se llamaban *cabecillas*.

FUNERAL DE LAS CORTES DE CÁDIZ LLAMADO CENTENARIO

Hase celebrado una quisicosa llamada *Centenario de las Cortes de Cádiz*, la cual fiesta, apesar de los esfuerzos del Gobierno, no ha llegado á adquirir la importancia de una mediana corrida de Toros ó de un congresillo eucarístico.

¿Por qué EL MOTIN no se ha ocupado de tal fiesta?

Por una razón sencillísima, á saber: por no incurrir en el mal gusto que tuvo Clemente García de sacar de su tumba una momia y divertirse con ella ante el público macabro.

Este espectáculo han dado en Cádiz al exhumar imaginariamente á aquellos bravos campeones de la libertad del siglo XIX trayéndolos al año 1912 á presenciar el desrozo, profanación y escarnio de sus programas, doctrinas y sacrificios.

Quisieron ellos matar el absolutismo, y hoy padecemos de un absolutismo peor.

Quisieron acabar con los privados omnipotentes, y hoy los tenemos en mayor número y con mayor predominio.

Quisieron exterminar la Inquisición, y les llevamos la *Defensa Social*.

Implantaron el regalismo antiromano, y vamos á ofrecerles los lamentos del ministro del Rey forzado á retirar un proyecto de *instrucción* por virtud de una simple confidencia de los obispos.

Dejaron enterrado al jesuitismo y expulsado de España y de sus Indias, y les llevamos las Reales Academias, los Ministerios, la Magistratura, la Política, la Prensa y la Hacienda mangoneados por la jesuitería de peor estofa.

Proclamaron ellos la Santísima Trinidad y les respondemos con la proclamación del Corazón de Jesús.

Quisieron acabar con las Ordenes militares y les llevamos la ley de jurisdicciones.

Se avergonzaron de la esclavitud, y el mismo día del Centenario la *Gaceta* militariza los servicios.

Hicieron dogma de la Independencia nacional, y les llevamos una España convertida en colonia extranjera.

Abrieron las fronteras de la península á la libertad y al trabajo, y les presentamos el cuadro de emigración del pueblo español.

Abatieron el dominio vaticano, y nos presentamos bailando al golpe del látigo de los legos de convento.

Y si de este balance moral pasamos al balance político y económico, les llevamos el territorio español repartido entre las naciones; el nombre de España excluido en todas partes; la fama nacional

condensada en los nombres de Cierva y Montjuich; la justicia cifrada en el Monte de Piedad de Jerez; el patriotismo sepultado por los gritos de: *viva el Papárey!* á la derecha, y de *viva la anarquía!* á la izquierda...

Y diga el sentido común si no es una danza macabra como la de Clemente García con la momia de la mona, la exhibición de las parejas formadas en Cádiz por el enlace de nombres como los de Canalejas-Campomanes, Maura-Azara, Pol y v eja-Roda, Romanones-Aranda...

¿Qué decimos?... Esos eran los ministros del tiempo del absolutismo... No eran siquiera los de las Cortes de Cádiz. ¡Ni á los absolutistas llegan!

¿Es danza macabra la de la desamortización de antaño, con la amortización de hoy? ¿La de la supresión de frailes del Concordato con la invasión frai'una presente? ¿La de la expulsión de los jesuitas con la peste loyolesca actual?

Estas ideas contrarias son las encarnadas por los nombres de 1812 y de 1912. El centenario ha servido para juntar estos de ahora con los hombres de entonces.

No ha sido fiesta, sino funeral: no ha sido himno de gloria, sino trágala impúdica.

Cuantos caminos abrieron al progreso se hallan cerrados. Cuantos sacrificios hicieron se hallan escarnecidos.

Aunque no ha sido si quiera un funeral, sino una profanación.

En esta fiesta no han tomado parte el Nuncio, ni el episcopado, ni los jesuitas, ni las doscientas órdenes de frailes y monjas, ni el entusiasmo político, ni el agradecimiento monárquico: ninguno de los beneficiados con la *Constitución* proclamada en aquellas Cortes se ha creído obligado á asistir á ellas.

Han hecho bien. Con esto han reconocido su *bastardía*. No son hijos legítimos de aquellas Cortes; son jesuitas que han captado y usurpado su herencia.

Por esto el acto más solemne de este centenario no ha merecido de la prensa el espacio que ha dedicado á cualquiera *volapié* de un torero.

El pueblo español ha visto con desagrado esta fiesta macabra: repugnaba al instinto.

Los diputados de aquellas Cortes, de haber podido manifestar su voto, habrían rechazado los honores que se les brindaron. Y se habrían vuelto á sus tumbas.

Quizás harían cosa peor.

Quizás emigrarían para librarse de la picadura jesuítica, de la ley de jurisdicciones y de los fosos de Montjuich.

Porque ellos fueron los anarquistas de su tiempo y los revolucionarios contra el régimen.



El alma del cabecilla

El capellán de Miret

José Colomer

El cristianismo consistió en invertir en manso cordero al terrible Jehová.

¿Cómo el catolicismo convierte en fieras los caracteres más pacíficos? El retrato de este capellán va á decirnoslo.

Era todo corazón aquel hombre: yo que lo vi lo certifico, y conmigo los que comimos en la mesa del capellán, en su casa de Barcelona, siendo él beneficiado de San Francisco y director del *Asilo Naval*.

En el *Asilo Naval* estaban sus delicias. Los domingos, á las nueve de la mañana, nos esperaba en el muelle de la Paz la lancha del *Asilo*. Remeros uniformados y hábiles eran doce niños como doce ángeles, que nos transportaban á la gloriosa fragata «Numancia», domicilio del asilo flotante.

Y estaba en sus glorias el capellán porque recibía los saludos militares de aquellos soldaditos de carne semejantes á soldaditos de plomo. No le besaban cursivamente la mano con labios babosos, sino que se cuadraban y saludaban varonilmente, como hombrecitos severos, disciplinados y apuestos, no gazmoños, encorvados y afeminados como los gallinas congregantes. Y estaba en sus glorias cuando para anunciar los pasos de la misa dejaba de oír el cascabeleo arrieril de la campanilla y vibraba en sus oídos el sonido plateado y enérgico de la corneta, y más cuando en la elevación rompía con estruendo su Marcha Real la bélica charanga.

Todo aquello eran recuerdos de tiempos pasados; de aquellos tiempos de la *Misa de campaña*, preludio de la acción que se estaba preparando, sirviendo el *Ita missa est* de orden de *ataque á la bayoneta*.

* *

¿Cuántas veces senti enardecerse mi ánimo de cabecilla en canuto, en aquel espectáculo de *Misa naval*, en cuyo momento supremo, de consternación de los espíritus y de estruendo instrumental, el sacerdote, hecho un Dios, elevaba á lo alto la hostia hasta juntarla con el sol, que parecía concentrar en ella sus rayos, para que, oscureciéndose él á los ojos del cuerpo, brillase aquélla con infinito esplendor ante los ojos de la fe!

¿Y cómo no sentirse carlista feroz en aquel acto sagrado, en que el ministro de Dios muestra al pueblo fiel el cuerpo de Cristo muerto por nosotros, becado, ultrajado, escarnecido, alanceado, crucificado y agonizando entre una turba soez de sayones, chusma fanática y curiales sin conciencia de la moral, que matan é insultan al Hijo de Dios porque la ley se lo manda?...

Y aquí entra el diabolismo católico. Según este la pasión no es un drama histórico, sino palpitante. El Dios muriendo estaba allí, y los sayones insolentes allá... los liberales, los mestizos, los republicanos... Allá los Herodes y reyes soberbios y altaneros que visten de locos á los redentores; allá los Pilatos mestizos, que se lavan las manos sobre el pueblo y firman las sentencias criminales; allá... los furibundos republicanos que están gritando: ¡¡crucifícale!!...

Y seducido por esta blasfemia, el *requeté* se dice:

—¿Quién, hijo de Cristo, puede dejar de sentir ardor y fuego contra los asesinos de su padre?... ¿Quién dejará de jurar la bandera del exterminio de los sayones?...

¡.....!

Así pensaba y discurría el capellán de Miret, de corazón compasivo ante la desgracia, y feroz ante el liberalismo...

Y así sentía yo, y juraba el exterminio de los liberales perpetradores del sacrificio de Cristo... ¡Así, la sangre del Martir, filtrada por la Iglesia, engendraba foragidos!

Miret fué de los más osados y temibles cabecillas: *mosen Colomer* era el más ardiente de sus azuzadores. Era el *sacerdote católico* que juraba sobre la Hostia que la guerra era santa; que todos los crímenes y delitos y escándalos eran un *mal menor* tolerable, á trueque de conseguir el gran fin del restablecimiento de la *Unidad católica*. ¡Oh, el capellán carlista!...

Todos los días, con la hostia en la mano, decía á los secuaces la sacrilega oflama:

«Este es el Cristo hijo de Dios vivo... que vino para enfureceros y animaros á luchar, á herir, á matar, á devastar... Sed feroces como tigres, sed astutos como serpientes, sed vengativos como jesuitas, sed inexorables como católicos. Esto vino á enseñaros y á predicaros. ¡Soldados de Cristo: al combate!

«Yo, sacerdote, vicario de Dios en nuestro batallón, os consagro, y consagro con la sangre de Cristo vuestra matanza y exterminio: ¡vencer ó morir!

Con estas arengas y sermones pasó cinco años de su vida de sacerdote-paladín. Obispos, frailes, cardenales y Papas le extendían amplias licencias y sancionaban sus absoluciones. Toda la Iglesia estaba allí, en él, todos los santos del cielo, toda la Trinidad augusta, y sobre todo, Cristo... Cristo vivo en cuerpo y alma, todo entero y verdadero, que en la misa bajaba á sus manos á besarlas y purificarlas...

Mosen Colomer corría las líneas de fuego con el Cristo y la absolución en una mano y el revólver y la espada en la otra. Coreado por el fragor del combate, iba rezando: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón... Envaina la espada, que el que á hierro mata á

hierro muere... No soy dios de sangre ni dios de la muerte, ni dios de la saña, ni dios del furor...» Mosen José iba rezando los salmos, y entre uno y otro mezclaba el aullido dirigido á los suyos con los rezos:

—¡A ellos!...

«...Perdónanos, Señor, nuestras deudas, como nosotros perdonamos...»

—¡A aquel! ¡Fuego!...

«...Si obré mal, decídmelo en qué...»

—¡Fuego!... ¡A la bayoneta!...

«...A aquellos á quienes quiere perder, antes los a'oca...»

—¡Sin cuartel!

«...Me alaban con los labios y con el corazón me abominan... Ciegos que no ven... idiotas que no entienden... blasfemos é impíos...»

—¡Adelante, carlistas... sangre y exterminio!... ¡A ellos!...

«...¡Hipócritas y fariseos que dicen y no hacen, y hacen lo contrario de lo que dicen!...»

—¡Fuego, fuego, fuego!...

Dios dejaba de ser padre de los hombres, y quedaba hecho su enemigo.

.....

Había terminado la guerra.

Mosen Colomer hubo de renunciar á su oficio belicoso. Volvió los ojos al clero por quien estuvo jugándose la vida á cada paso.

El clero de Vich, al cual pertenecía, le miraba de reojo... le detestaba... sentía horror... Temía darle la mano, viéndose las manchadas de sangre. La sangre humana es cosa horrible para el clero que bebe diariamente la sangre divina.

Porque el clero católico excita á matar, más él no se atreve... Excita á degollar, mas él no degüella... Sus secuaces son los que lo hacen; como no muere el amo aristócrata, sino que enseña á sus perros á morder...

Y mosen Colomer se veía mal visto del clero aquel piadoso que excita á la matanza á los fieles, y corre á recoger el botín y luego dice desde el púlpito:

«Dios abomina al hombre sanguinario...»

.....

En Barcelona era menos conocido: el público que asiste á las misas se fija en la casulla y en la coroni la, pero no indaga las calidades del sacerdote.

Todos son iguales para la grey beata, porque es una misma la casulla y uno mismo el cáliz y una misma la ceremonia.

Y así, lo mismo acepta la misa de un santo como Verdaguer, que la de un trapacero como Cucarella...

Mosen Colomer, en el altar, ya no decía:—¡A ellos... á la bayoneta! Sino que decía:—*La paz del Señor sea con vosotros...*

Pero el clero no lo olvidaba: veía sus manos ensangrentadas y nada quería con la sangre: sólo quería la nomina mensual.

Y á la vista de este odio, mosen Colomer reflexionaba... meditaba... recordaba...

Sus grandes y salientes ojos azules, movíanse á veces con inquietud... Veían el vértigo del combate...

Hablábamos de muchas cosas. De la fe y piedad del carlismo, por ejemplo...

—¡Mentira!...—decía á media voz y lo repetía, reforzándola con su acento áspero y cavernoso...

—¡Mentira, mentira, mentira!... Ese ejército no cree... Yo estaba allí, en Perafita, celebrando con el banquete la victoria recién obtenida... Yo estaba allí entre los jefes... cuando entró la comisión del clero á felicitar al general... Todavía lo estoy oyendo...

—«Demos gracias á Dios que nos concedió tal éxito.»—dijo el delegado del obispo. Y saltó el general como picado de una vibora:

—¿Gracias... á qué?... Gracias á los c... de los hombres... Con todas vuestras hostias no habéis hecho una ración de soldado; con todo vuestro vino consagrado no habéis fortalecido á un moribundo; con todos vuestros rezos y campanas no habéis desviado una bala ni un sablazo... ¿Dios?... ¿Dios?... ¡Cajones!

«¡Horror... horror... horror!... En mi vida oí más blasfemias... El ejército era impio...»

Y el capellán se llevaba, al recordarlo, las manos á la cabeza.

Mosen José estaba en su beneficio de San Francisco: un beneficio simple de los más simples de la Iglesia... Los obispos le tenían puesta la proa. Era el sacerdote sanguinario, y ellos eran los del botín... Los obispos no iban á la batalla; la preparaban... Jaban el toque de corneta y se iban á rezar. Pasada la refriega escarbaban en los bolsillos de los muertos y heridos en busca de dinero para cantarles funerales...

Mosen José discurría sobre esto...

Meditaba...

Se acordaba de las arengas de la guerra... Surgía la idea: «¡Los sayones de Cristo!...»

—¿Quiénes son los sayones de Cristo?

Y saltando de una á otra hoja del breviario, iba leyendo:

—El Judas que lo besa y lo vende... el sacerdote que lo calumnia... el falso ministro que lo infama... el corruptor de su moral, el impostor de su doctrina, el explotador de su nombre, el ladrón de su crédito, el que pone precio á su sangre y á su cuerpo... el que se fística su cuerpo y su sangre para venderles... el que llama «odio» al amor, «furore» á la mansedumbre, «caridad» á la rapacidad, «verdad» á la mentira... Raza de hipócritas y fariseos... ladrones acovachados en el templo... banda de zorros y mercaderes...»

Los ojos de mosen Colomer iban re-

velando el espanto... Se veía á sí mismo en sus pupilas. Y con terror decía:

—¿Si seremos nosotros los sayones de Cristo?...

Había que oír á mosen Colomer sus acusaciones contra el Papa, vendido al Esta lo Constitucional; contra los obispos, hechuras de politicastos; contra los canónigos, lamedores de zancajos de cortesanas; contra la frailería gatuna y raserera...

Había que oír la ira de aquel hombre de corazón con una historia de fiera, al juntar en su vejez los latidos de sus estímulos magnánimos de mártir y los latidos de su furia de cabecilla...

Y había que verle en la misa al coger en sus manos la Hostia...

¿Dulaba? ¿Blasfemaba? ¿Maldecía?...

Cuando menos, es lo cierto que murmuraba:

—Yo tuve un corazón de niño... ¿Por qué he sido una fiera? ¿Quién me ha pervertido?

S. PEY ORDEIX

Religiosidad del carlismo

El escándalo carlo-inmundo-c'lerical, ocurrido en el Centro entre unas religiosas y unos carlistas, retrata al vivo los sentimientos piadosos de los pretendidos defensores del catolicismo.

Los hospitales carlistas del Centro eran, al principio de la guerra, unos antros de suciedad, de asco, de horror. Los heridos y enfermos yacían sobre montones de paja en el suelo, en un local fétido, negro y repugnante. No había ropa blanca que darles, ni loza para servirles, ni gente que los cuidase. Los gusanos é insectos más inmundos los devoraban, y no eran las heridas ni las calenturas los peores males que los afligían. Mil veces más valía morir en el campo de batalla, que quedar herido ó caer enfermo.

Santés, comandante general de Valencia, envió una comunicación á unas hermanas de la Caridad, carlistas, para que fueran á encargarse de algunas de aquellas pocilgas; y ellas, á las órdenes de sor Amalia de Quiñones, se apresuraron á hacerlo.

Viendo que faltaba todo, mendigaron por las poblaciones lo necesario; y á costa de muchos esfuerzos lograron cambiar la situación, poniendo unos hospitales muy decentes, donde cualquiera podía ir á curarse.

En el hospital de Mora de Rubielos se trabó una lucha de intrigas, tan baja é inmoral, que escandalizaba sobremanera. Había allí un médico que resumía cuanto malo puede haber en el partido carlista, y algunos otros perdidos que adolecían de sus mismos defectos; llamábanse dos de ellos Mariano Gonzalez y Manuel Rebollado.

El médico y sus camaradas empezaron á mirar á las religiosas con desenvoltura y se descompusieron con ellas hasta un punto a'armante, que ofendió su pudor. Indignadas, a monestaron á los atrevidos; y vienlo que nada alcanzaban, la superiora, sor Adelina Crobot, los amenazó con dar parte de su comportamiento al general en jefe. «Ustedes se han olvidado sin duda, les dijo, de que no sólo somos mujeres de honor, sino también religiosas; y si no se reprimen de palabras y obras, nos veremos obligadas á pedir auxilio á la superioridad, que es la encargada de protegernos. Nosotras hemos venido aquí para asistir á los desgraciados, y deseamos que los que mañana pueden necesitarlos, sean los primeros en tenernos respeto.»

Era entonces general en jefe Lizarraga; y como aquellos descomedidos eran hechuras suyas, contestaron á las hermanas con amenazas más fuertes.

El médico tomó la defensa de todos sus cómplices, y encarándose con las religiosas, les habló con la franqueza más cínica, demostrándole que allí eran árbitros de todo:

—Sepan ustedes—les dijo—que en el hospital yo soy el amo; y que si están aquí es por mi tolerancia, pues cuando quiera las echaré á puntapiés y pondré en su lugar á las mujeres que me dé la gana.

Sor Adelina contestó dignamente:

—Nosotras estamos aquí á rnegos del general en jefe; y sólo nos iremos si éste lo manda. Entre tanto pondremos lo ocurrido en su conocimiento, para que sepa quién es usted y sus compañeros.

El médico se echó á reír.

—El general Lizarraga--dijo--es buen católico; sabe que yo y mis camaradas también lo somos, puesto que vamos á misa cada día y confesamos y comulgamos con frecuencia, y no creará una palabra de lo que digan ustedes. En cambio yo iré á su cuartel general, asistiré en su presencia á la misa que cotidianamente oye, me dará un par de docenas de grandes puñetazos en el pecho, y después le hablaré de ustedes en tal sentido, que ya varán el resultado.

La réplica indignó á la religiosa.

—Me extraña mucho—repuso—que un hombre como usted figure en nuestro partido, porque estas palabras tan impropias son de un cristiano como de un caballero. A mí me parece que está usted fuera de su sitio.

—Yo estoy donde tengo por conveniente, ó me da la gana—dijo el médico,—y las expulsaré á ustedes de aquí, ó cederán en lo que quiero. No soy un chicuelo á quien se engaña con tocas, rosarios y gazmoñerías. Las conozco á ustedes, y sé que son como las demás mujeres; esas resistencias no son más que puras hipocresías. Tengamos, pues, la fiesta en paz, y renuncien á esos a'ardes, porque les aseguro que la guerra conmigo les será fatal, pues tengo medios de acabar en breve con la reputación de todas y echarlas de aquí por escandalosas.

La hermana entonces le replicó:

—Bien podrá ser que, engañando al general con su hipocresía, salgamos de aquí infamadas; pero tenga usted entendido que, sean cuales fueren sus intrigas y esfuerzos, nos iremos con la misma honra que hemos llegado, seguras de que el tiempo, que da lugar á todo, nos ofrecerá ocasión de justificarnos y descubrir la mala conducta de usted y de sus compañeros.

Por desgracia de aquellas hermanas había allí un coronel de caballería carlista, llamado Monet, hombre de alguna edad, de malísima catadura y corrompidos sentimientos, que por orgullo hizo causa común con los empleados. Tenía relaciones con una mujer de costumbres descompuestas, y la había presentado á las religiosas, indicándoles que debían tratarla como á la señora del hospital.

Tanto por los celos naturales de quien dirige un establecimiento, como por las condiciones de aquella mujer, las monjas la recibieron con mucha frialdad é indiferencia, mostrándole un desdén que la irritó furiosamente.

La mujer salió de allí trinando y pateando, y como vió colérico también á su amigo, lo excitó, persua liéndole que habian injuriado y despreciado á ambos.

—¿Quiénes son ellas—exclamaba—para tratar de ese modo á una mujer como yo? ¿Imaginan que porque no soy casada contigo me tengo en menos que ellas, ó sufro que ninguna cenicienta de su oficio me tesa? ¿Como si ellas fuesen alguien! ¿Como si todo el mundo no conociese la farsa que todo eso es! ¿Como si no viéramos cada día que son peor que yo! ¿Hipócritas y mojigatas! ¿Se han figurado engañarme con sus miradas humildes, su voz gangosa y su aparente dulzura? Esa conducta, Monet, es un bochorno para ti lo mismo que para mí; y si no te vengas, y no sacas las tripas á esas lechuzas, no eres hombre ni capaz de nada. Ahora correrá por todas partes la noticia, y no podremos presentarnos sin que nos señalen con el dedo y se burlen de nosotros.

—¿Yo tolerar esto?—replicó el coronel;—¿yo tragarme ese mico? Esas brujas me las pagarán, y verás cómo nadie repetirá lo que han hecho. ¡Voto al!... O la gente te acatará como si fueses mi legítima mujer, ó habrá la de San Quintín... Déjame hacer. Yo tomaré por mi cuenta á ese monjito de palomar; yo lo meteré en cintura y le daré tal meneo, que las mismas que hoy te han desdennado vengan á pedirte de rodillas que te dignes perdonarlas y visitar su casa.

—Así, así, véngate; no dejes pasar ésta—exclamaba ella.—Si me faltan á mí al respeto, luego se reirán de ti, y los que hoy tiemblan al verte fruncir las cejas, se atreverán á darte azotes. Esas monjas son mala gente, créeme; no las tengas respeto, ni consideración; trátalas peor que ellas á mí, y luego déjame el resto, que si tú quieres vengarte, yo también.

Monet se unió con los conjurados del hospital, y á fin de matar la reputación

de las hermanas imaginaron celebrar allí de noche unas orgías, para dar á entender al público que aquellas señoras lo consentían y hasta formaban parte de ellas. Comían y bebían como bárbaros; alborotaban y cantaban como energúmenos, y hablaban en alta voz de las hermanas en términos que no se pueden reproducir, acompañándolo de carcajadas significativas. Luego, á media noche, se ponían en camisa, y saliendo por el hospital embestían á aquellas señoras, que huían dando gritos y pidiendo socorro.

Estas infames escenas se repitieron, y como á pesar de las quejas que las agraviadas dieron el general Lizarraga no las reprimió, tuvieron que tomar muchas precauciones para no ser cogidas por aquellas fieras inmundas.

Figuraba también entre los conjurados un presbítero llamado Alejo Sánchez, que desempeñaba el empleo de secretario del subdelegado castrense, del cual era superior el obispo de Urgel, como delegado castrense de todos los ejércitos carlistas. Aquel presbítero procedía del clero del ejército liberal, donde siempre fué mal considerado por ciertas costumbres demasiado libres. En el Centro hacía de las suyas en tal escala, que excitaba un desprecio general; se había fijado también en las hermanas, y al ver que tampoco era afortunado, se unió con los demás.

Aquellas pobres mujeres no podían vivir en el hospital, mas no se decidían á marcharse por no dejar abandonados á los enfermos y heridos que tanto necesitaban de sus cuidados.

Los conjurados, á fin de hundirlas mejor, hacían correr contra ellas toda clase de calumnias, acusándolas abiertamente de ladronas y otras cosas que se callan.

Se puso tan intolerable la situación, que las desgraciadas iban perdiendo la reputación, y como el general en jefe no las defendía, resolvieron abandonar el hospital. La calumnia se había ya extendido tanto, que la mayor parte de los carlistas del Centro murmuraban de ellas.

Así las cosas, llegan Gamundi y Boet á Mora de Rubielos y se enteran de lo que pasa. Se indignan, prenden al médico y toman todas las disposiciones necesarias para impedir que continuaran aquellas infamias, lo cual alcanzaron.

Viendo los conjurados desvanecidas sus tramas, urdieron otras para echar á aquellas mujeres del hospital. El que las desenvolvió fué el presbítero. He aquí cómo:

Mostróse manso y resignado, y de repente pidió á las hermanas los documentos de la autoridad eclesiástica carlista que convalidaban su institución; y como no los tenían, les advirtió que, no pudiendo consentir la subdelegación castrense que funcionase allí una institución religiosa que no estaba reconocida, se veía en el triste y desagradable caso de prevenir las que debían retirarse.

—Yo siento mucho—les dijo—que unas siervas de Jesucristo, tan venerables como ustedes, no puedan continuar

en este distrito, y Dios sabe cuánto he luchado y sufrido antes de decirselo. Pero Nuestro Señor quiere que antepongamos el deber al amor, y me veo obligado á manifestarles que deben marcharse cuanto antes.

Comprendió la idea sor Adelina, y tomando una resolución viril se despidió de sus compañeras, encargándoles que por nada abandonarían el hospital mientras estuviese ausente, y se fué á Urgel, donde se presentó al obispo, refiriéndole al detalle todo lo que pasaba.

Caixal conoció perfectamente la razón, y como sabía quién era el presbítero, aprobó la conducta de las hermanas, reconoció su Orden y prometió escribir al subdelegado castrense y castigar al secretario por su escandaloso comportamiento.

Cualquiera creería que, tratándose del obispo más intransigente de España, desistiría, al presbítero y lo llamaría á su tribunal; pero no fué así. Como era un carlista acérrimo, el prelado fué indulgente y hasta piadoso con aquél bandido.

En efecto, remitió al subdelegado castrense del Centro una carta, cuyo extracto es el siguiente:

«H: sabido, por personas dignas de fe, que D. Alejo Sánchez, usando el nombre de usted, obra como si fuera el subdelegado, y no siempre acertadamente.

Se me ha hablado de cierta intriga que maquinó para hacer que las jóvenes que con sor Amalia de Quiñones dejaron sus casas para arreglar los hospitales militares, desistieran de tan santa obra.

Se me ha dicho también que, según opinión de muchos, su conducta no fué cuando estaba en el ejército liberal, ni es ahora, cual debiera ser la de un secretario de la subdelegación.

También se me ha dicho que usa un traje, notable por las borlas moradas del sombrero y por un cinturón del mismo color.

Sírvase usted averiguar lo que haya de verdad en cuanto dejo indicado, proveer todo lo conveniente y cortar todos los abusos.»

Tal fué el terrible castigo que recibió el presbítero de parte del feroz obispo de Urgel: proveer lo conveniente y cortar todos los abusos.»

Sor Adelina volvió al Centro, y en una carta que dirigió á Dorregaray, que ya entonces era general en jefe, le resumió todo lo que había pasado, como puede verse en las siguientes palabras:

«No creíamos hubiese hombres tan bajos y miserables que fuesen á cebarse con unas infelices mujeres cuyo único delito consistía en no encubrir sus infamias, llegando á formarse contra nosotros una cruzada, capitaneada por don Manuel Monet, quien se ofendió de que á su concubina no la recibiésemos como á su legítima esposa; por D. Manuel González, D. Manuel Rebolledo y D. Alejo Sánchez, presbítero.

Ante tan bajas y viles calumnias nos hubiéramos retirado, pues si bien nuestras familias nos autorizaron para hacer

hasta el sacrificio de nuestra vida, no así el de la honra; pero nos contuvo el que dos caballeros, los brigadieres Sres. Gamundi y Boet, salieron á nuestra defensa, con lo cual se acalló algo la murmuración: sólo el presbítero D. Alejo Sánchez continuó la guerra en otra esfera.

Sor Adelina Crobat.

Este cuadro de las costumbres religiosas del carlismo, es una prueba más que la religión sólo le sirve de pretexto para perturbar y arruinar á España. El 72 dijeron que se habían echado al campo por ver la religión ultrajada. ¡Embusteros! ¿Y el 33? ¿Y el 48 y el 49 en Cataluña, mandando Narváez? ¿Y lo de San Carlos de la Ráptia el 60, estando la nación empeñada en la guerra de Africa? La religión sirve únicamente á los carlistas de careta para cometer crímenes.

Por otra parte, estaban bien representados en la parte clerical; el cura Santa Cruz, el de Flix, el de Prades, el jesuita Goirierna y demás tonsurados hasta el número de quinientos y pico.

Remembranzas

Párrafos de un artículo de *El Imparcial*:

«El nieto de aquel imbécil pretendiente que estimaba en más el consejo de cualquier clérigo de misa y olla que el de Zumalacárregui; el sobrino del pretendiente que se presentaba en tartana á tomar posesión de sus reinos; el hijo de D. Juan al que tenía por auxiliar y confidente á Lazeu, no tiene una tradición que le abone, sino hechos modernos que le acusan de lo peor que se puede acusar á un hombre en esta tierra en que el valor es la virtud más estimada del pueblo.

Por otra parte, el hombre que tolera, aplaude y sanciona durante un año entero los crímenes más repugnantes cometidos por un clérigo como el cura Santa Cruz, y actos vandálicos como los cometidos en Cirauqui, Igualada y tantos otros puntos, ese hombre, levante la bandera que quiera, representa el incendio, el saqueo y el asesinato; es decir, la demagogia, más odiosa, más indigna, cuando abusando del sentimiento religioso se cubre con un bonete, que cuando, proclamando abiertamente lo que es y lo que quiere, se cubre con el gorro frigio...

Hombres de ideas y principios, acostumbrados por la experiencia á medir el influjo que el mundo moral ejerce sobre el mundo material, sabemos que las violencias llevadas á cabo al grito de viva la libertad tienen que ser muy pasajeras, muy transitorias, porque no pueden extenderse esas violencias á todos los medios de manifestación que tiene la libertad, y con uno solo de ellos que continúa más ó menos expedito, basta para auxiliar el empleo de la fuerza y concluir en pocas horas, en pocos días con la demagogia roja que no se recata, que procede al descubierto.

Pero la demagogia blanca, esa demagogia expotando el sentimiento religioso ha procurado acostumbrar á las gentes timoratas á la idea de que es licito y hasta santo quemar hombres vivos; de que es licito y hasta santo lanzar hermanos contra hermanos blandiendo el crucifijo y haciendo presidir á un Dios de paz y caridad sargrientas escenas de barbarie; que es licito y hasta santo que la esposa delate al esposo, la hija al padre y la madre al hijo, busca su asiento en lo más sagrado de la humanidad, en la conciencia; y cuando todos podemos combatir las doctrinas perversas ó exageradas vertidas públicamente en un club, no hay medio fácil de contrarrestar las sugestiones de la misma índole, aunque en sentido inverse, que pueden infundirse á través de la regilla de un conseronario

«D. Carlos ó el petróleo», ha dicho un célebre canónigo malversador de los fondos de Cruzada, y esa disyuntiva debe convertirse en copulativa.»

(24 de Julio de 1873).

DEL PASADO

«Causa verdadera aficción al ánimo fijar la vista en el estado material del país, y comparar éste con el espectáculo imaginario, pero real, de lo que debiera y podría ser España, si medio siglo de encarnizadas guerras civiles no hubieran consumido nuestra actividad y nuestros recursos. Gastar la vida del país en destruirnos mientras todos los pueblos civilizados progresan rápidamente, parecería absurdo, si no fuera la guerra casi la única ocupación seria á que estamos dedicados, por impedir aquella á los gobiernos administrar con eficacia, promover las obras públicas y preparar las reformas útiles que sólo pueden plantearse á la sombra de la paz.

Durísimo corazón y obcecado entendimiento muestran tener los que, fortificados en la parte montañesa del país, impiden con deplorable terquedad que España haga el papel que le corresponde por su importancia y por su historia. La imposibilidad de su triunfo les es notoria; la resistencia que el país les opone les impide abandonar los nidos de águila, por donde bullen sus ejércitos, y sin embargo, la bandera negra no se abate. ¿Qué quieren? ¿Qué desean? El conquistador extranjero más enemigo de la patria hubiera ya retrocedido ante la elocuente y general reprobación del país, convencido de que, aun contando con la seguridad del triunfo, sólo podría dominar campos desiertos y ciudades arruinadas. Los carlistas destruyen sin esperanzas siquiera de triunfar.

Con sólo salvar la frontera francesa, se nota lo que en España falta, y se observa la enorme diferencia que existe en un pueblo que trabaja y un país entregado exclusivamente al ejercicio de la gue-

rra; la seguridad individual garantida por un gobierno á quien una grave preocupación no imposibilita llevar su acción protectora á todas partes; los campos cultivados con esmero y la población repartida sin temor por lugares solitarios; el vapor impulsando las máquinas centuplica la producción y los recursos públicos; el movimiento intelectual, estimulado en noble competencia, pone en actividad todos los cerebros, y los inventos se suceden aumentando la influencia y la consideración moral del país que los consigue.

Considerando que la flor de nuestra juventud perece anualmente ó queda inutilizada para el trabajo en la guerra civil, y que la mayor parte de los ingresos del Tesoro se consumen en la manutención de los ejércitos, se puede calcular los resultados benéficos que hubiera reportado al país, si los brazos vigorosos dedicados á la guerra y los caudales en ella malgastados se hubieran empleado en empresas útiles. No está el país en tan plena decadencia, nuestra raza no se ha debilitado hasta el punto de poder suponerse que, en un período de tranquilidad hubiera permanecido indiferente y estacionaria ante Europa preocupada y laboriosa. Pues bien: fijándonos en el papel que hacía España en otros tiempos entre los demás pueblos de Europa, y la influencia moral y material de nuestra raza en comparación con la ejercida por otros países, teniendo en cuenta que á pesar de tan dilatada lucha civil, suficiente para aniquilar cualquier otro pueblo de elementos vitales menos robustos, España no ha doblado la cabeza ante el infortunio, puede sacarse en consecuencia la floreciente situación que hubiéramos logrado y la prosperidad de nuestro país con los motores poderosos de la actividad moderna, y el espíritu aventurero y amante de lo desconocido que siempre fué característico en nosotros y que tan perfectamente encaja, con sólo variarle de dirección el espíritu investigador de nuestro siglo.

Entonces nos hubiéramos hallado quizás con plétora de vida; acaso el instinto militar de nuestro organismo hubiera necesitado desahogarse, y en vez de limitarnos al papel de espectadores en las grandes conflagraciones europeas, hubiéramos podido intervenir en cuestiones como la de Oriente, reportando las ventajas que otros países obtuvieron. Seis mil hombres enviados por el Piamonte a Crimea dieron el resultado posterior de la unidad italiana, y España acaso hubiera podido sin obstáculos sacar de su gloriosa campaña de Africa frutos mayores, si su política exterior la hubiera permitido antes hacer pesar su espada en la balanza internacional, é influir en los altos consejos donde se ventilaban los asuntos europeos.

¿Cuán diferente sería el aspecto interior de la Península si hubiéramos adoptado de lleno el modo de ser de otros países! La arrinconada y fértil Galicia, la alegre y meridional Andalucía, toda la cordille-

ra pirenaica con sus minas, sus aguas medicinales, sus variados territorios; las ciudades monumentales como Granada y Toledo; las que examina con curiosidad el arqueólogo, como Mérida y Tarragona; las de recuerdos históricos, como León, Zamora, Salamanca y tantas otras; la accidentada Asturias; la fabril Cataluña; las ricas huertas de Murcia y de Valencia, de aspecto tropical, todos estos pueblos y comarcas, enlazados por vías férreas, en medio de la abundancia y de la riqueza que el trabajo proporciona, aumentados sus atractivos naturales por las comodidades y adelantos que otros países han introducido, podían convertir á España en la América europea para el especulador, y en el país más agradable para el viajero.

Y no serían nuestras imaginaciones, aplicadas al estudio, las que menos brillasen y contribuyesen en favor de la cultura universal. ¡Cuántos de esos jóvenes que mueren de un balazo al saltar una trinchera hubieran sido orgullo de su patria, á no cortar la muerte su carrera al principio de la vida, y cuánta juventud se ha malogrado, y qué tristeza infunden en el ánimo estas amargas reflexiones!

Si el rencor pudiese hallar abrigo en nuestro pecho, profundo sería el odio que nos inspirarían los hombres que han sumido el país en la situación aflictiva que atraviesa; pero acostumbrados á obedecer únicamente á los sentimientos más benévolos, una y cien veces nos hemos dirigido á su razón, á sus sentimientos, al interés mutuo, para desviarlos de su fatal empresa. Inútil tarea. Nada les dice al corazón la postración de España, nada la idea de su bienestar y su grandeza; indiferentes á una y otros, parecen decididos á una guerra perpétua; han roto todos los vínculos sociales, han secado las fuentes del sentimiento nacional, y solo brota de sus labios este grito horroroso: ¡guerra, guerra!

Pero como un pueblo entero no puede estar sometido á la voluntad de una revoltosa minería, ni lo que á todos perjudica es posible prolongarlo; como los males están agotados, pero no la energía y virilidad del país, forzoso les será á los menos someterse á la inquebrantable ley de la necesidad, y sufrir la del vencimiento; y no se lamenten aquel día de los rigores del castigo: consideren todo lo que ha sufrido España, todos los males ocasionados por una guerra tan larga y tan injusta; y no impudicamente puede retardarse el progreso de los pueblos durante tantos años, ni en una época como la presente esterilizarse la fuerza y el trabajo de dos generaciones.»

La Epoca, 23 Agosto 1875.

Suscripción Sánchez-Pérez

	Pesetas
Suma anterior	10'40
Un Suscriptor. (Madrid)	5'00
Sr. Gordo. (Salamanca)	1'00
Francisco Aulés. (Madrid)	5'00
Jacobo Paleo. (Tres Arroyos)	5'00
TOTAL.	125'40

Los Papas

POR

ROBERTO ROBERT

Hubo pleito sobre ello, y si bien fué largo, al fin lo ganó el hijo del duque, adquiriendo así la seguridad de ser abuelo con los papeles adquiridos por su padre.

**

Clemente VII, antes que humillar su autoridad pontificia á las iras del emperador Carlos V, prefirió ver saqueada á Roma, robadas las casas, violadas las mujeres, colgados por los pies, quemados y despedazados los súbditos de Roma.

¿Quemaban los protestantes? Abrasaban los católicos. ¿Asesinaban á aquéllos? Asesinaban éstos, y todo era sangre, ruinas y estragos horribles, hasta el punto de suprimirse nada menos que la misa en Strasburgo.

**

Paulo III había obtenido el capelo por sus eminentes servicios.

Como Alejandro VI tenía, según hemos dicho y él demostró, vocación de padre, y aquél le había proporcionado la posesión de la bella Julia Farnesio, Alejandro, agradecidísimo, le nombró cardenal.

**

Una vez hecho Papa el diligente Paulo, heredó á su madre, que parece murió envenenada.

Amó á una de sus hermanas, que por cierto no lo merecía mucho, pues le hizo muchas infidelidades con otros (no con otros Papas, sino amantes), y amó también tan entrañablemente á su hija Constancia, que llegó á tener celos de su marido Esforcia, á quien la historia profana dice que asesinó.

**

Pero aun cuando fuesen ciertas las debilidades todas que se cuentan de Paulo III, al fin y al cabo no valen la pena, si les ponemos el más alto precio señalando en las tarifas de indulgencias anteriormente citadas: y en cambio, el celo que desplegó contra los luteranos, no hay dinero con qué pagarlo.

**

Sus sobrinos, ejecutores de sus órdenes, se vanagloriaron justamente de haber contribuido tanto á la extirpación de la herejía, que los caballos podían nadar en los ríos de sangre luterana por ellos derramada.

**

Conste, empero, que si bien el Papa era el empresario de esas matanzas, no manchaba en ellas sus manos: antes al contrario, durante aquella gloriosa, aunque sangrienta guerra, él vivía pacíficamente con su hija Constancia; con aquel amor que por faltarle una pequeña cere-

monia no nos atrevemos á llamar conyugal.

La fundación de la Compañía de Jesús es una de las glorias de su Pontificado

**

Julio III aumenta el resplandor de la Iglesia con su guerra á los luteranos, de los cuales exterminó un número considerableísimo, y como rasgo notable de su reinado, debe señalarse el haber hecho cardenal á un adolescente muy bien formado, que además de ser un modelo en cuanto á hermosura, desempeñó con tal celo, diligencia y lealtad el empleo que tenía en palacio, que eclipsó á cuantos después de él lo desempeñaron.

Su empleo consistía en cuidar de un mono muy estimado del Pontífice, y él es el único guardamonos de que hacen mención las historias.

**

Paulo IV estimuló grandemente el celo católico y formó la formidable liga que tan funesta fué á los protestantes.

El pueblo, ingrato con él, sin ver sus excelentes dotes y parándose únicamente en si había sido ó no cruel y sanguinario, se desenrenó apenas le vió muerto, abrió las calabozos de la Inquisición, incendió aquellas sagradas cárceles, derribó la estatua del Papa, le destruyó la cabeza y la mano derecha, y la arrastró durante tres días por las calles de Roma, después de la cual llevó al colmo su impiedad arrojándola al Tiber.

**

Al principio del Pontificado de Gregorio XIII, celebró el catolicismo no las famosas fiestas de San Bartolomé, sobre lo cual se ha hecho una de las más famosas óperas que se han oído, y que los profanos no habrían podido saborear nunca, si aquel buen Pontífice no les hubiese proporcionado el argumento.

**

Allí fué donde católicos tibios ó vacilantes, parecían perplejos no sabiendo si con la oscuridad iban á dar muerte á amigos ó á enemigos, hasta que les sacó de su perplejidad un santo prelado que con acento de divina inspiración les dijo: «¡Matad, matad, que Dios ya escogerá los suyos!»

**

¡Noche de gloria aquella!

Verdad es que los preparativos de la fiesta se habían hecho con la más sesuda premeditación, y habían sido dirigidos con aquellas luces superiores que sólo asisten á la Iglesia, la cual suele servirse del alumbrado más caro, esto es, de grasa humana, gasto que no pueden hacer los colegios ni las sociedades fundadas para la mera exploración de baladnes fúnebres morales, exactos ó políticos.

**

Sin embargo, en aquella ocasión herejes y católicos convenimos en que las hogueras, las horcas y los sablazos no

habían producido todo el resultado apetecible.

Examinándolo bien, se vió que por permisión del Señor el número de herejes en vez de disminuir había aumentado.

Catalina de Médicis, señora que por los sagrados dogmas, y por nada más, se habría dejado hacer pedazos, comprendió que el exterminio de la herejía necesitaba un golpe de fuerza, si, pero combinada con el ingenio.

**

Su hijo Carlos IX, que en tratándose de la fe de Cristo y de dos ó tres mil cosas más habría degollado á medio mundo primero y al otro medio después de veinte minutos de descanso, adoptó la idea de su madre, y unidos ambos por los lazos de su recíproca ternura, resolvieron la degollación general de los protestantes

**

Era la víspera de San Bartolomé; santo glorioso y experto en materia de tolerancia religiosa; el reloj de palacio dió las doce, que era la señal acordada, y le respondió la iglesia de San Germán con el placentero toque de rebato.

Dispararon por todos lados las piadosas tropas, y por calles, por plazas, por caminos, se arrojaron con hierro y con fuego sobre la herética muchedumbre.

**

Mozos, niños, ancianos, mujeres, todo era destrozado; hasta la semilla de la herejía se logró extirpar en muchos casos; pues el divino furor de aquellos enardecidos soldados, llegó á arrancar del vientre de las preñadas á los herejitos á medio formar, para que no llegaran á su infame complemento.

**

¿Se acuerda el lector de aquel duo inmortal de *Los Hugonotes*:

«*Lasciami partire?*»

Pues mientras se canta aquello, se mata aquello otro.

**

He oído decir si el católico Verdi ha robado al hereje Meyerbeer la música de aquel duo para componer otro que dice:

Tutte la feste al tempio;

pero yo cuando lo oigo aparto la mente de esta cuestión y sólo me acuerdo del glorioso triunfo del catolicismo en aquella brillante festividad.

**

Por lo demás, Verdi estaba en su derecho; una melodía de hereje *ipso facto* falsa; pero si la aplica un católico y prueba que no se opone á los sagrados dogmas, no puede menos de ser cierta.

**

¡Un recuerdo glorioso á aquellos soldados que sin saber leer ni escribir escribieron en tan inolvidable noche una de

(Continuará)